



ÉPOCA 3.^a — AÑO VIII. — TOMO VI.

NÚMERO 48. — Madrid 25 de Octubre de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO.	
Seis meses.....	2 ½ ps.
Un año.....	4 »

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y MÉJICO.	
Seis meses.....	3 ½ ps.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO. — Revista, por Nulema. — Crónica, por D. D. Isern. — Regimientos, por Blas. — Los grabados. — Agronomía: Influencia de las selvas sobre el clima. — Ventilación de los edificios (conclusión), por D. J. A. Rebolledo. — A mi hijo Gonzalo, poesía, por D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca. — Una mujer fuerte (continuación). — Revista de conocimientos útiles. — Advertencia. — Fegológico. — Anuncios.

GRABADOS. — El antiguo Alcázar de Madrid. — Coro y claustros de la catedral de Barcelona.

REVISTA

DECÍAMOS en nuestra Revista anterior, hablando de la crisis política, que ofrecía un aspecto siniestro; y en efecto, la izquierda ha metido la mano hasta el codo, como diría el manco de Lepanto, en esto que llaman juego de las instituciones, que es un juego como todos los juegos, muy divertido para los que ganan y cobran el barato, y muy triste y desesperante para los que pierden y pagan el pato. Y tratándose de la izquierda, á nadie debe sor-

prender el procedimiento desusado que ha tenido para entronizarse en el poder; no ha comenzado por meter la cabeza, que es el procedimiento más derecho, sino que ha metido la mano, dejando fuera la cabeza y colándose para los efectos orgánicos, no diremos un testafarro, porque no nos gusta emplear palabras eruditas, sino una calavera que ponga miedo en el ánimo del país.

Allá entre bastidores, encerrado en una cámara oscura, á modo de la cabeza parlante, se columbra la del Sr. Martos, maquinista efectivo del artefacto ministerial, y á su lado la del Sr. Montero Ríos, especie de ninfa Egeria del gran Numa Pompilio.

El cual, habiendo sido Regente del Reino y Presidente de la República, no es de creer que descienda á la poltrona ministerial, harto dura para quien la tuvo más blanda y demasiado humilde para el institutor de la democracia dinástica.

La izquierda, á pesar de su nombre, ha tenido el buen tacto de apoderarse de las principales carteras,

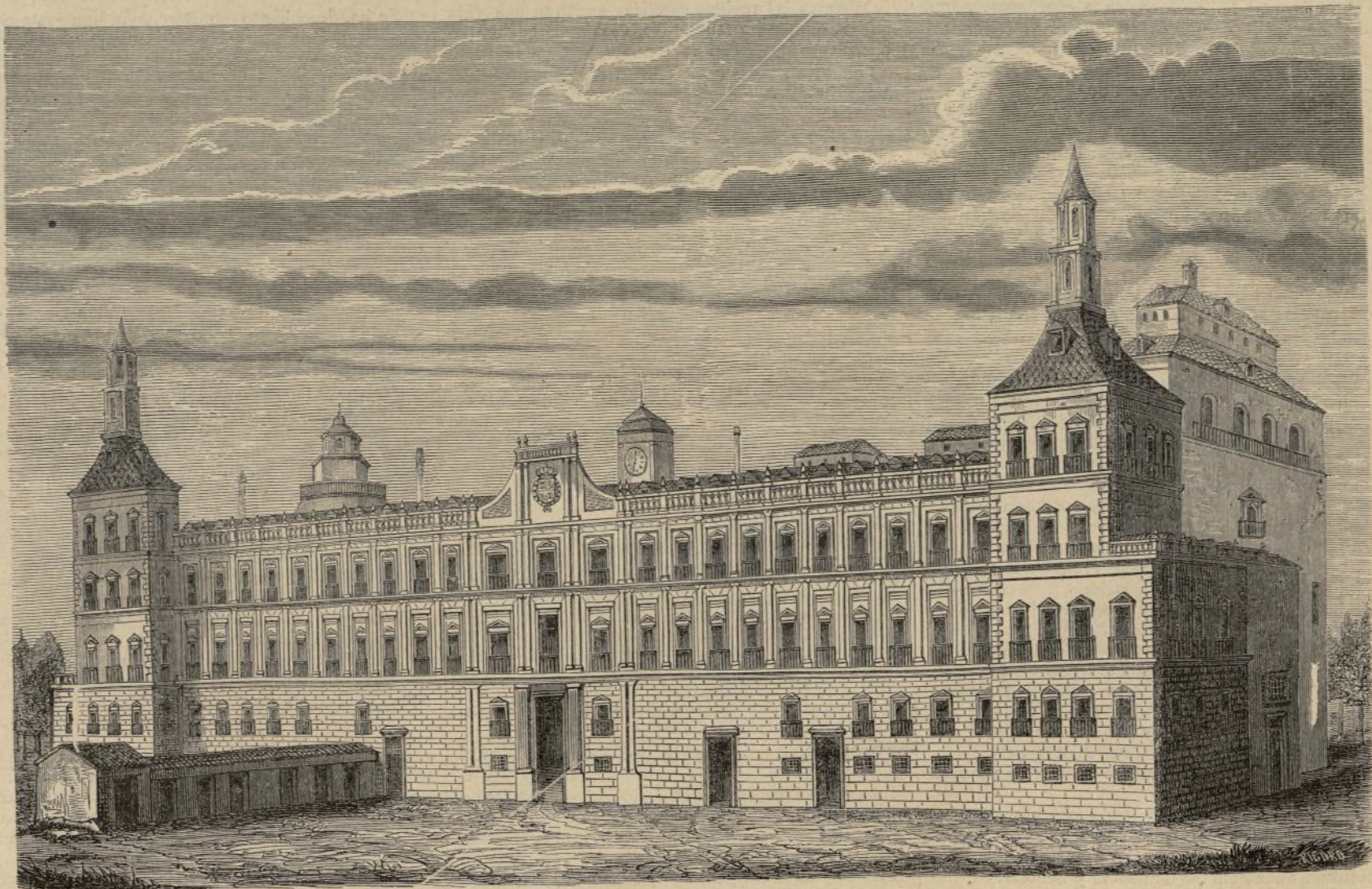
como son Guerra, Fomento, Gracia y Justicia y Gobernación, y es de esperar que las demás se le darán por añadidura.

La crisis se ha resuelto, por lo tanto, en sentido puramente izquierdista, y el Sr. Posada la ha errado metiéndose á zurcidor de voluntades irreconciliables.

¡Graciosa oportunidad del nombre! La política gubernamental está haciendo posada, y no se pasará el invierno sin que prosiga su camino hacia las cumbres de la democracia monárquica.

Esta es la opinión de los políticos militantes: detrás de Posada, Martos, detrás de Martos... ¿Quién nos mete á nosotros en estos laberintos? Averigüelo Vargas.

Por el año de 1876, á la raíz de la restauración, los conservadores, posesionados ya de los principales destinos de la nación, trataron de cerrar la puerta á los rezagados, y dieron una ley, por la



EL ANTIGUO ALCÁZAR DE MADRID.

Ayuntamiento de Madrid

cual nadie, sin título de abogado ó servicios anteriores, podía entrar á ocupar empleos con sueldo superior al de 6.000 reales.

El valladar no ha sido nunca tan recio que haya impedido el paso de los favoritos de la suerte, elevados en un abrir y cerrar de ojos desde la mesa de escribientes al bufete de los secretarios; pero la juventud izquierdista, que no está dispuesta á pararse en barras, aun no ha visto la luz de su día, cuando ha comenzado á tronar contra la ley de 1876, calificándola de reaccionaria y abusiva, y pide á voz en cuello, ó más bien á voz en boca que se derogue inmediatamente para que no se paralice la ley del progreso.

Este progreso consiste en pasar de un brinco desde la mesa de una redacción á la de un ministerio, ó desde los bancos de la Universidad á las poltronas de una Audiencia. Progresar no es adelantar paulatinamente, dando un paso tras otro; es saltar, brincar; es voltear como un volatín, es imitar los ejercicios gimnásticos del Circo de Price.

La juventud izquierdista quiere demostrar su amor al progreso saltando desde el Círculo de la calle del Lobo á los apriscos del presupuesto, y no es razón, ni justicia, ni democracia saltar como cualquier pelagatos de la ceca á la meca; sino saltar en grande, acreditando los bríos y coraje de una juventud ardiente y lozana.

Además, mientras los *dii majorum gentium* saltan de los escaños del Congreso á las poltronas ministeriales, ¿es razonable ni equitativo que los *dii minorum gentium* se queden aplastados bajo una ley conservadora?

Aquí viene á cuenta lo del escribano de marras. O se tira de la cuerda para todos ó no doy fe del testamento.

Las últimas noticias son desfavorables á la abrogación de la ley. No olviden los jóvenes izquierdistas que el último mono es el que se ahoga.

Si prosperar es hacer volatines, reformar es hacer disparates.

En tres ó cuatro meses que ha sido ministro el señor Gamazo ha reformado radicalmente la carrera de Derecho, y aun no ha subido á ocupar su puesto el Sr. Marqués de Sardoal cuando ya ha anunciado las reformas que piensa introducir en la segunda enseñanza.

Este prurito de reformarlo todo conduce necesariamente á un resultado práctico: á la confusión de todo y con la confusión el desprestigio y la ruina.

En cincuenta años de régimen liberal se han hecho cincuenta mil reformas en la enseñanza, y ¿qué hemos ganado con ellas? ¿Podría presentar nuestro siglo una colección de sabios tan numerosa y tan lucida como el siglo XVI ó como el XVII cuando regían los planes de enseñanza de la Edad Media?

Cotéjense las obras de Derecho que se publican hoy con las que nos dejaron los juriconsultos de los siglos pasados. En materia de artes no hay que hablar; no parece sino que nuestras escuelas han acabado con el arte nacional, en lo que éste tenía de original, fecundo y sublime.

Los adelantos de las Escuelas de Medicina pueden calcularse por la longevidad de las modernas generaciones.

De literatos, filósofos y naturalistas estamos á la cuarta pregunta. Van acabándose los viejos que se educaron antes de las reformas, y no se les ve reemplazo.

Oh reformas del siglo XIX, ¿qué tendréis que envidiaros la barbarie de Atila?

Célebres juriconsultos y médicos salieron de los antiguos colegios y universidades reales y pontificias; insignes músicos de las capillas y escalanías de los monasterios y catedrales; ilustres filósofos y literatos de los claustros; ¿qué han ganado las ciencias y las artes con la disolución de aquellas escuelas y con la creación y reformas de las modernas?

Y sin embargo de tan larga y palpable experiencia, todavía no cesamos en la tarea de reformar la enseñanza. Cada ministro quiere ajustarla á sus inclinaciones ó á sus preocupaciones; lo que este hace el sucesor lo deshace, y nueva tela de Penélope, tejiendo mal y destejendo mucho, nos encontramos tan adelantados, que nuestras escuelas llegarán á serlo de necios, como ahora lo son de pedantes.

¿Cuándo vendrá un ministro que en vez de reformar la enseñanza se dedique á restaurarla?

¿Retroceder? ¿Qué absurdo! Es preciso seguir la ley del progreso.

¿Sí? pues que vayan haciendo pesébreas para las aulas universitarias. Un publicista francés, nada reaccionario, ha dicho que el progreso conducirá á los hombres á mantenerse de nueces y bellotas.

También se anuncian grandes y radicales reformas en el ramo de Guerra.

Por de pronto se dice que se quitará el descuento que sufren sobre sus sueldos los militares, como las demás clases del Estado. La izquierda no quiere quedarse manca, y comprendiendo la importancia que tienen las armas en el gobierno de los pueblos modernos, piensa en armarse hasta los dientes, ganándose las simpatías del ejército.

Suponemos que no pensará el Gobierno hacer otro tanto con el clero, y eso que su asignación es una carga de justicia y nunca un sueldo que dependa de la voluntad del Estado. ¿Para qué? ¿Necesitamos de los curas como de los soldados? Bayonetas, que no sermones es lo que pide la cultura, la civilización y el progreso de los tiempos...

Entre las varias clases que perciben haberes del Estado, la milicia y el clero marchan en razón inversa, como diría un matemático. Las atenciones que los antiguos Gobiernos católicos guardaron al clero las prodigan hoy nuestros Gobiernos á los soldados; se quita al clero todo lo que se quiere, que siempre es más de lo que se puede, mientras que se da al ejército á manos llenas para ganárselo con mercedes.

¿Y el resultado? Distingamos: El resultado es favorable para la causa de la revolución; pero funesto, funestísimo para la causa del orden social. Si quien dirige esa táctica es la revolución, no puede negarse que sirve bien á su causa; si, como parece á primera vista, quien obra de ese modo es el poder público en nombre de las instituciones sociales, no cabe ninguna duda de que lo hace muy mal y de que compromete su causa, minando el terreno que pisa para hundirse en la demagogia.

Noble y útil es la espada en la sociedad; pero es preciso que responda á su forma, que es de cruz, y que vaya subordinada á los derechos de la Iglesia, que ha santificado por su ministerio divino hasta las violencias de las guerras justas.

Lo contrario es quitar á Dios lo suyo para dárselo al César y convertir la sociedad en un presidio, regido por el látigo y el hierro.

¿Qué orden, ni qué paz, ni qué justicia podría prometerse un pueblo sometido á las armas de un ejército de masones?

Ni las armas, ni los tribunales, ni la policía, ni la Guardia civil, ni los serenos valen nada, si no está todo regido por la moral cristiana, de cuya enseñanza está encargado el clero.

Nada más detestable que una espada sin cruz.

Mientras las revistas católicas arrastran una vida infeliz, porque les falta el decidido apoyo de un público numeroso y entusiasta, hay otras que halagando los vicios sociales prosperan rápidamente y llegan á ser filones de oro para sus redactores y propietarios.

¿Cómo se halagan los vicios sociales y se busca el público por medio de bajas adulaciones? Hé aquí el plan de una Revista que comenzará á ver la luz pública dentro de breves días. Contendrá, dice el prospecto:

- 1.º. Un magnífico retrato de una de nuestras damas, á quien dedicaremos el número, llevando al pie del retrato un pensamiento original de la señora ó una fecha célebre, á su elección, y su firma: el retrato estará dibujado y grabado por uno de nuestros primeros artistas.
 - 2.º. Biografía de la señora.
 - 3.º. Grabado que represente el escudo de nobleza de su casa.
 - 4.º. Historia detallada del blasón de la casa hasta la actual poseedora.
 - 5.º. Revista de salones, bailes, fiestas y acontecimientos del gran mundo.
 - 6.º. Revista de teatros, según los turnos de nuestras abonadas.
 - 7.º. Críticas musicales y dramáticas.
 - 8.º. Un magnífico grabado del santo ó santa predilecto de la casa: este grabado será á elección de la señora.
 - 9.º. Boletín religioso con la historia de todos los santos de la semana, sitios donde se hallen las Cuarenta Horas, fiestas religiosas y todo lo concerniente al culto católico.
- El periódico llevará trabajos artísticos y literarios intercalados de nuestras ilustres colaboradoras, que honrarán las columnas del semanario con las producciones de su ingenio; contamos para esto con trabajos de muy ilustres damas, tanto españolas como extranjeras.
- Se publicarán números extraordinarios, de gala ó de luto, cuando los acontecimientos lo exijan.
- Cada número irá encerrado en un elegantísimo sobre con timbre y nombre de la señora abonada.

Aunque el gancho no dé resultado, no puede negarse que encierra una fotografía de la *buena sociedad* madrileña, con todos los rasgos que la caracterizan, especialmente en las damas del gran mundo. Los iniciadores del pensamiento han ido buscando todos los medios de halagarlas, y en estos procedimientos han reflejado los caracteres del público á

quien se dirigen. Biografía y retrato de las señoras; escudo de nobleza, revistas de bailes, teatros, conciertos y todo género de diversiones; grabado del santo ó santa predilecto; boletín religioso, Cuarenta Horas... ¡qué mezcla!.. y por fin mucho lujo tipográfico.

El gancho se va á quebrar de fino, porque no creemos que las damas de la *buena sociedad* se presen á coadyuvar al lucimiento y casi á la apoteosis de sus rivales, aguantando por un solo número en que se trate de ellas, ciento ó más en que se ensalce é inciense á otras damas que rivalizan con ellas en el lujo de los salones. Cada señora se suscribirá al número en que se publique su biografía y su retrato. Si con esto se contentan los editores — lo que no es difícil — el negocio puede darse por hecho.

Pero el que haya resultado el gancho demasiado adelgazado, no quita colores al cuadro. El retrato resulta exacto; sus autores han procurado recoger los rasgos más salientes de su fisonomía; la vanidad llevada al ridículo; á esto responden las biografías de las damas, pues siempre sonó mal hasta estos abominables tiempos el ser una mujer de historia; la nobleza rebuscada de cualquier modo ó conservada sólo en los blasones del coche, de las joyas ó de los muebles de los salones; á esto viene á satisfacer el grabado del escudo de la casa, la historia del blasón, etc., etc.; la hidrópica sed de fiestas, espectáculos y placeres; por ella las Revistas de salones, bailes, etc.; una falsa piedad, ó más bien una piedad exterior que consiste en asistir á las Cuarenta Horas, á la más concurrida, y á las funciones de papeleta; esto hallará satisfacción en el grabado del santo, estampado al respaldo de la Revista de bailes, y el boletín religioso que equivale á un boletín de citas ó cartel de espectáculos; por último, mucho lujo tipográfico, porque las blancas manos de las damas del gran mundo sólo pueden tocar un papel satinado y colocar sobre su velador un periódico elegante.

El nuevo periódico es posible, como decimos antes, que se quiebre de fino; pero descubre á las claras los medios de que otros se valen para adular los vicios sociales, ganándose con lisonjas las simpatías del público.

Ahí no podemos ni queremos ir nosotros. Véase la lucha desigual que tenemos que sostener, y en la cual deben ayudarnos los católicos verdaderos, que no se satisfacen con hipócritas manifestaciones de religión, ni mucho menos con bajas adulaciones que deshonran al escritor que las tributa y al público que las recibe.

Se ha descubierto en Barcelona una vasta asociación de ladrones, tan perfectamente organizada, que puede servir de modelo á nuestra policía, y dar quince y raya á nuestra organización administrativa.

Se halla dirigida por un jefe de la ciudad, como si dijéramos su alcalde corregidor, y á éste siguen los jefes de distrito, especie de tenientes alcaldes; y por último, tiene sus vigilantes ó jefes más subalternos á modo de alcaldes de barrio.

El cuerpo de ladrones se divide en secciones; éstas en clases, y las clases en grupos. Poseen un idioma especial y medios tan ingeniosos para comunicarse desde las cárceles, que no hay rejas, puertas ni calabozos inaccesibles á sus señales y avisos.

«Esta organización, dice un periódico, no es peculiar de Barcelona; es la misma que existe en Madrid y en otras poblaciones de España, cuyo foco principal son las cárceles, y cuya existencia está alimentada por la creciente inmoralidad de estos tiempos y por las ideas demagógicas.»

Mucho ayuda á estas criminales industrias el progreso material con que nos envanecemos, pues los nuevos discípulos de Caco apelan á medios tan sabios para perpetrar sus robos, que el mejor ingeniero no dispondría como ellos un escalón por las alcantarillas, ni acaso el más hábil boticario podría aventajarles en confeccionar drogas para producir desmayos en sus víctimas, taladrar cajas de hierro y otras operaciones no menos científicas.

El progreso es universal... en lo malo. Si se derriban templos y monasterios, porque esta es una exigencia del progreso, nada más natural ni más lógico que se ensanchen y perfeccionen las logias masónicas y las escuelas del Sr. Monipodio.

Madrid se anima por momentos. Ya están abiertos todos sus teatros; se anuncia la próxima apertura de los salones aristocráticos; el lujo ha desplegado sus galas, y el invierno se nos ofrece con todos los atractivos de sus fiestas, como la mesa de un banquete cubierta de helados.

El invierno es nuestra estación favorita. Ya se ve, ¡hay tantas almas de hielo!

¿Cuál será el teatro más animado de la temporada? preguntaba ayer una señora del gran mundo. Y una amiga suya, modelo de virtud y de talento, le contestó delante de nosotros: El teatro en que tú representas.

Sobre la pared de una bohardilla hemos leído esta reflexión, digna de reproducirse en víspera del día de Animas:

«En Madrid hay muchos teatros, muchos casinos, muchas casas de disipación, mucho lujo y muchos coches; pero también hay ¡oh muerte implacable! muchos cementerios.»

A los demócratas que acaban de subir al poder y que se disponen a poner en ejecución sus planes reformistas, les aconsejamos que dejen por algunas horas sus brillantes gabinetes, donde se alza el trono de su soberanía, y vayan a visitar algún cementerio. Allí verán la mejor escuela que hay en el mundo de verdadera igualdad.

Del fondo de los sepulcros saldrá una voz que les dirá: «Acordaos de que tenéis que morir y de que las horas de felicidad son las que menos duran.»

¡Oh Religión cristiana! ¡Bendita seas, porque has quitado a la muerte sus repugnantes harapos y la has vestido con la túnica resplandeciente de la resurrección.

Beati mortui, qui in Domino moriuntur.

NULEMA.

CRÓNICA



La actividad de que dan brillantísimo ejemplo los católicos de Alemania, es imitada de algún tiempo a esta parte por los católicos de Italia que de este modo endulzan el corazón de León XIII, amargado con el espectáculo de tantas desventuras como afligen a aquella hermosa península, desde que en mal hora llevó a cabo la desdichada obra de su unidad.

Después de haberse postrado aquellos fieles en número de treinta mil a los pies del Padre Santo se han reunido en número considerable en Congreso, y han elegido a Nápoles, la ciudad más religiosa de Italia, para asiento de sus reuniones.

Las tareas del Congreso han sido dignas de los príncipes de la Iglesia, que honraban las sesiones con su presencia, y de los adalides de la buena causa, que a su vista daban gallarda muestra de su fe y espíritu práctico.

Tres objetos se proponían principalmente en esta ocasión los católicos italianos: completar la obra de su organización; fundar nuevas escuelas católicas, y difundir la buena prensa. En realidad este último tiene en los presentes momentos grande importancia. La prensa católica de Italia tiene poca circulación, si se exceptúan dos ó tres publicaciones, mientras que la prensa liberal y revolucionaria es cada vez más leída.

Respecto del primer punto, el Congreso ha redactado una circular dirigida a las Juntas regionales para que activen todo lo posible la formación de las Juntas provinciales, locales y parroquiales, a fin de estar todos dispuestos a obrar en el momento en que se dé la señal de la acción desde lo alto del Vaticano. Mientras tanto las fuerzas así organizadas se ocuparán en las obras sociales y tomarán parte en todas las provincias en las elecciones provinciales y municipales, en que tantos y tan importantes triunfos han obtenido antes de ahora.

La cuestión de enseñanza ocupa preferentemente la atención del Pontífice. Para regenerar la sociedad es preciso regenerar las inteligencias, decía últimamente León XIII, y esta obra debe realizarse principalmente en las escuelas. El Congreso de Nápoles ha resuelto seguir en este punto la línea de conducta que tan admirables resultados ha dado en Bélgica, con la sola diferencia de los cambios que imponen las circunstancias especiales en que se encuentra Italia.

Respecto del tercer punto, ha resuelto el Congreso que se forme una estadística de las familias que en cada localidad pueden contribuir al sostenimiento de una ó varias publicaciones periódicas, y que las Juntas locales influyan en las familias por medios directos ó indirectos para que auxilien a las publicaciones católicas que más les convengan, en la medida y forma que les permitan sus fuerzas.

Ha indicado además el Congreso la conveniencia de que en todas las localidades tengan los diarios ca-

tólicos corresponsales que les comuniquen con la mayor brevedad, bajo la inspección de las Juntas locales, cuantos informes tengan algún interés para el público.

Sólo por estos medios se logrará neutralizar por el pronto y luego vencer la influencia que la mala prensa ejerce desgraciadamente en toda Italia.

La semana última tuvo lugar en Glasgow la ceremonia de colocar la primera piedra de un nuevo palacio municipal, y con este motivo el lord alcalde de aquella ciudad dió un gran banquete, a que asistieron más de quinientas personas.

Entre las personas que asistieron a este banquete figuraba Mons. Eyre, Arzobispo católico, y varios pastores anglicanos.

Cuando llegaron los brindis, el lord-alcalde invitó en primer término a que usara de la palabra a monseñor Eyre, que goza en Glasgow de colosal prestigio por su ciencia, por sus virtudes, por su talento.

Al ver los ministros anglicanos la distinción de que era objeto un Arzobispo católico se llenaron de cólera, se pusieron de pié, lanzaron inconvenientes protestas, y no se sabe dónde hubieran llegado si los murmullos de los concurrentes, los silbidos del público y la intervención de las autoridades no les hubieran obligado a moderarse.

Impuesto silencio por todos a estos energúmenos, Mons. Eyre pudo hacer uso de la palabra y brindó por las autoridades de Glasgow y por la prosperidad de aquel pueblo.

Al terminar el brindis un pastor anglicano, el señor Thomson, dijo: — «Protesto contra la presencia de un papista en un banquete protestante. Es preciso que se grite aquí: ¡viva la Iglesia protestante de Escocia! ¡Mueran los papistas!»

No pudo continuar. Los convidados le impusieron silencio y le obligaron a salir del local, y hubo de marcharse entre los silbidos del público.

Restablecido el orden, el lord-alcalde pronunció estas palabras: — «Debo hacer constar aquí, puesto que la ocasión lo exige, que en las funciones de primer magistrado de esta ciudad, en ningún clero he encontrado un concurso tan leal como en el que tan dignamente preside Mons. Eyre.»

Una triple salva de aplausos cubrió estas palabras pronunciadas por una autoridad protestante, en una asamblea casi enteramente protestante, en una nación en su inmensa mayoría protestante.

Sólo el clero católico sabe alcanzar estas victorias.

En la política francesa ha ocurrido un hecho que tiene indudablemente importancia por las consecuencias que puede traer para la República.

El Presidente del Consejo de ministros ha hecho una expedición a Rouen y al Havre, y en estas dos ciudades ha pronunciado dos discursos en que se ha declarado partidario de una política relativamente moderada, y sobre todo y principalmente de enérgica oposición a los radicales que acaudillan Thibaudin, Clemenceau y Rochefort.

También ha tratado de justificar mientras tanto la elección de ministro de la Guerra que ha hecho últimamente en la persona del general Campenón, que pasa por reaccionario y más que por reaccionario por amigo íntimo del general Gallifet, que hoy por hoy es el coco del radicalismo, que le acusa de ser partidario del Sr. Conde de París.

Estos discursos de M. Ferry han agravado considerablemente la situación del ministerio que preside, dando a los radicales nuevos motivos para atacarle durísimamente.

Las Cámaras de la República se reunirán antes de fin de mes, y en ellas darán los radicales la suprema batalla al ministerio en la cuestión del Tonkin, en que tan desgraciada anda, y en la de las reclamaciones, llamémoslas así, formuladas por el Gobierno español con motivo de los sucesos ocurridos en París el 29 de Setiembre.

El terreno elegido por los radicales para dar la batalla a M. Ferry está hábilmente escogido.

En la cuestión del Tonkin se sumarán en la notación los votos de las derechas (legitimistas y bonapartistas) con los de la extrema izquierda y la izquierda radical, contra los de la unión republicana (antiguos gambettistas), auxiliados por una parte considerable de la unión democrática, en que figuran los hombres del antiguo centro izquierdo y de la izquierda moderada.

Dadas las fuerzas de cada una de estas fracciones, sería imposible predecir el resultado de la contienda, si no se supiese que M. Julio Grevy y su yerno M. Wilson han de procurar con M. de Freycinet la derrota de M. Ferry y sus colegas, a quienes no perdonan la conducta que siguieron cuando los escandalosos sucesos a que se ha aludido más arriba.

En el caso de que el Gabinete de M. Ferry sea derrotado, como todo lo hace esperar, M. de Freycinet se prestará a representar en Francia el papel que el Sr. Posada Herrera representa en España: servirá de puente para que los radicales suban por primera vez al poder, presidiendo un ministerio de que será el alma M. Clemenceau, que entrará en él acompañado de sus mejores amigos de la extrema izquierda y de la izquierda radical.

No se crea que esta eventualidad entraña escasa importancia. Baste saber que M. Clemenceau es jefe de una de las fracciones en que se divide el partido socialista francés, y que entre los futuros ministros figuran varios personajes que tomaron parte en los monstruosos hechos de la Commune de París de 1871.

¿Acaso no se hubiera tenido por loco a quien en 1871, en 1873, y aun en 1877 hubiera anunciado como posible lo que hoy parece de todo punto inevitable en un período por cierto no muy lejano?

Dios salve a Francia.

Más justo sería quizás pedir a Dios que salve a Europa, porque la verdad es que muchas naciones de Europa están tan amenazadas por el huracán revolucionario de nuevas conmociones políticas y sociales como Francia.

No se hable de España. Fijemos por un momento la atención en Portugal.

Goza el vecino reino de todas las libertades modernas, como Egipto gozó de todas las plagas con que Dios quiso castigarle. Gracias a la libertad de imprenta, la prensa republicana no sólo logra hacer partidarios para sus ideas, sino que con continuos insultos (al actual monarca de aquel reino le llama ordinariamente el Sr. Luis, como si se tratara del barbero del barrio) logra desprestigiar, aun más de lo que las desprestigian los partidos liberales, las instituciones monárquicas de la nación, sin que nadie trate de impedirlo.

Gracias a la libertad de asociación, los republicanos, a quienes favorecen los progresistas desde que los conservadores liberales ocupan el poder, se han organizado en todas las provincias como no lo está ningún otro partido.

Y gracias a la falta de policía y a la incuria del Gobierno, los agentes de los comités republicanos se introducen en los cuarteles, reparten proclamas incendiarias, y preparan sublevaciones que si hasta aquí han podido ser sofocadas porque ha faltado a los revolucionarios un militar de prestigio que se ponga a su frente, acabarán por triunfar, si Dios no lo impide por algún medio extraordinario, que los medios ordinarios no son de provecho en tales ocasiones, cuando las cosas han llegado al estado en que están.

Si no se conociera la época presente, se creería que el monarca del vecino reino trata de defenderse de algún modo de los manejos de los republicanos. Nada de esto. Entregado por completo a la revolución, se deja arrastrar por ella sin oponer la menor resistencia.

Camina hacia adelante como el ciego hacia el abismo.

D. ISERN.

¡REGOCIJÉMONOS!



No recuerdo si en estas murmuraciones decenales que me permito con ustedes, abusando un poco de su benevolencia, les he dicho que me encocora la política.

Sí lo habré dicho, porque es cosa que a ustedes nada les importa, y yo soy algo propenso a decir cosas que no le importan a nadie.

Pero, en fin, por si no lo había dicho antes, digo ahora (y sigue la murmuración) que tengo formada de esa señora llamada *Política* la más desventajosa idea que ustedes se pueden figurar.

Verdad es que no la conozco, ni aun para servirla; pero lo mismo me sucede, por ejemplo, con el diablo, que, sin haberle visto, me merece tan malo y aun peor concepto, si cabe, que la política.

Conozco, sí, y he conocido en mi larga vida a muchos hombres políticos, algunos de ellos excelentes, a pesar de ser casi todos *excelentísimos*. Me he honrado con la amistad de algunos y, ya que no otra cosa, he tributado el homenaje de mi admiración a esos hombres políticos; pero no por lo que tenían de políticos, sino por lo que tenían de hombres.

Considerados individualmente, *todos son buenos, pero*, mirados como moléculas del cuerpo político... *mi capa no parece*.

He dicho que no conozco la política, entendiendo por esta palabra la serie de hechos, el conjunto de fenómenos, el extraño encadenamiento de causas y afectos, la mescolanza informe de ideas, principios y

conceptos que en España se llama política, cuando, haciéndola mucho honor, debiera llamarse *pandemonium* y, más gráficamente, *olla de grillos*.

Ahora, una pregunta, queridos lectores: ¿Qué hacen ustedes con un manjar que les es antipático á la vista, ingrato al paladar, difícil de deglutir y refractario á la acción de los jugos gástricos?... No probarle, ni verle, ni querer hablar de él: claro está: Pues esto mismo hago yo con la fruta del *camueso político*.

Linneo no clasificó este vegetal, que tiene grande analogía con otro de la especie dicotiledónea, familia de las euforbiáceas, que vulgarmente llamamos *manzanillo*.

El *camueso político* indígena, ese arbolito que hemos criado al calor de nuestras estufas parlamentarias y periodísticas, tiene las mismas propiedades que el *manzanillo*.

Mata con su sombra las nobles aspiraciones.

Envenena con sus efluvios la atmósfera del patriotismo.

Seca con sus raíces el manantial de las virtudes cívicas.

Turba con el sacudimiento de su ponzoñoso follaje la serenidad de las conciencias...

¿Pero á mí qué me importa todo esto, ni quién me mete en estas disquisiciones político-botánicas de que no entiendo?

Para decir que no estoy al corriente de la política española ni quiero estarlo, no era menester tanta bambolla.

Y para añadir que no he tenido conocimiento hasta hoy (porque vivo retraído y no leo periódicos) del cambio de gobierno que hemos padecido en estos últimos días, tampoco era preciso gastar tanto papel, que al fin es papel blanco, en lo cual se diferencia del papel político, siempre tiznado.

La noticia ha llegado á mis oídos por la misma causa que suenan las flautas cuando se acercan á olerlas los borricos; ó por la misma razón que llegan á ministros muchos tañedores de flauta: por casualidad.

Mi criado Roque sólo es oportuno, como los borricos y los ministros á que aludo, por casualidad; y por casualidad me dijo esta mañana que había leído casualmente un periódico atrasado, y por casualidad tropezó en él con la noticia del cambio de Gabinete.

Rubor me causa el decirlo, pero he de confesar que si algo sé de lo que ha pasado en las regiones donde se forjan los ministerios, y de la filiación política de los nuevos ministros, y de los propósitos y despropósitos que se les atribuyen, lo debo á Roque.

Y aun añadiré que el muy ladino se ha hecho de rogar para contarme lo que sobre este asunto sabía, sin duda en venganza de mis reprimendas por sus habituales bachillerías.

Sea como quiera, ello es que hemos estrenado Gabinete; y, si las señas que mi sirviente me ha dado son exactas, es el gabinete que hay á mano *izquierda*, entrando á tientas en la *casa de Tócame-Roque* de la política.

Este gabinete parece que era, hace algunos meses, una habitación desmantelada y sin uso. Lo mismo eran, hasta hace muy poco tiempo, sus actuales huéspedes: unos caballeros políticos muy apreciables, pero sin uso y desmantelados.

En lo que debe andar Roque equivocado es en afirmar que algunos de los ministros nuevos están hechos de republicanos viejos. A mí me parece esto un desatino; pero como, después de todo, en política no hay desatino imposible, suspendo mi juicio hasta enterarme mejor.

Ya estimulada mi curiosidad con las noticias de mi viejo criado, y hasta para no hacer un mal papel entre las pocas gentes que trato, he querido saber lo que se dice de los nuevos consejeros de la corona, y me he procurado algunos periódicos.

Mi decepción ha sido tan completa al querer conocer los actos del flamante Gabinete, como lo sería dentro de pocos meses (si para entonces viviera el actual ministerio) la decepción del partido izquierdista (si para entonces viviera ese partido).

No tiene *actos* todavía esta comedia... y ojalá que no tenga *jornadas*.

Estamos en la exposición; exposición que no lo es siquiera de principios, sino de personas.

De otra clase de exposiciones no quiero hablar, porque ya irán viniendo con el tiempo. Si prosperase esta situación, creo que estaríamos *expuestos* á todo.

Por ahora, el único hecho práctico que tenemos para juzgar de lo que será el Gobierno de la mano izquierda, es un hecho negativo: el Gobierno no removerá los empleados, así, á granel, como suele ser uso y costumbre en estos casos.

Claro está que, siendo como es, un Gobierno liberal, no podrá prescindir de hacer víctimas entre los

funcionarios del Estado; que por eso es tan precario el estado de los funcionarios.

Claro está (y aun turbio podrá estar para los que no pesquen) que en este río revuelto habrá ganancia para algunos pescadores y pérdida para los que sean á su vez pescados.

Claro está también que «si los peces pudieran hablar cuando les sacan del agua», según la feliz expresión del Presidente del Consejo de Ministros al despedir á su homónimo el Presidente del Consejo de Estado, no se lamentarían de su suerte con más amargura que se lamentan los empleados cuando la red barredora del Gobierno los saca del río del presupuesto, que es sacarles de sus casillas.

Pero si la caravana ministerial, al emprender su caminata por el desierto del poder, no tiene, para contentar á sus gentes, otro maná que el de los ideales y soluciones políticas, es muy de temer que la mayoría de sus adeptos se *cuadre*, al ver que no pueden *redondearse*, y diga á sus jefes: «¡Buen viaje!»

Sería cosa de ver á todo un partido político (porque creo que así quiere llamarse la agrupación heterogénea que hoy manda) declararse en huelga, como si se tratase de los operarios de *panecillos largos*.

No puedo creer que el nuevo Gabinete se resigne, por puro amor platónico á la equidad, á sufrir las quejas, las instigaciones y los improperios de los que han ingresado en las filas de esta nueva *democracia monárquica* llevados del generoso impulso de servir á la patria desde los cargos públicos retribuidos.

Se puede ser demócrata dinástico de balde, mientras llega el turno pacífico del mando; se puede recortar desinteresadamente el gorro frigio y darle la forma de un birrete covachuelista; pero no se puede sufrir pacientemente que, una vez colocados al rededor de la cabra, la ordeñen los *adversarios políticos*. Y entiéndase que para quien cree tener derecho á cobrar del presupuesto y no cobra, es adversario político todo el que *cobra de hecho*.

Por eso yo no extraño que los hijos cariñosos de la nueva situación que han ayudado á su madre á traer la cabra y empiezan á ver que no ordeñan, se muestren algo tibios y hasta la miren como suegra.

La madre, quiero decir, el Gobierno, bien quisiera que la cabra diese leche para todos sus chicos; pero entre el establo y los que anhelan mamar se alza, á modo de seto espinoso, la ley de Presupuestos, que exige determinadas condiciones para entrar en los comedores del Estado.

Y como, en el caso de ser indebidamente admitido un intruso *ordeñador de la cabra*, puede venir luego el *ordeñador de pagos* y quitarle la teta de los labios, de aquí que el Gobierno se vea azorado y perplejo para resolver un problema algo más difícil que el que ha resuelto al venir á la gobernación del país.

Porque, no hay que darle vueltas, es más fácil saltar por encima de la tapia de la república (que vergonzantemente llamamos *democracia*) para caer de patitas en el cercado ajeno de la monarquía, que saltar por encima de una ley *ab irato* y democráticamente.

La posición del Gabinete no deja de ser embarazosa por de pronto; pero este embarazo, como todos los embarazos, tendrá su término natural aun antes de los nueve meses.

Nada, nada; hay que continuar las tradiciones de la desamortización. Es preciso desamortizar los destinos, ante todo; más adelante desamortizaremos (es decir, desamortizarán los gobernantes) el voto electoral, el matrimonio religioso y, por último, la constitución, que ya se cae de vieja.

¿Cómo me voy á reír cuando lleguen estas etapas de la jornada ministerial!

Porque, como soy tan viejo, he visto y oído mucho, y entre lo mucho que he visto y oído, recuerdo discursos, programas, polémicas, declaraciones, calificativos, documentos parlamentarios, preámbulos de reales decretos, exposición de principios y otras mil baratijas de la feria política, que han de hacer un contraste seriamente ridículo y grotescamente respetable con los que oiremos cuando se inicien esas reformas radicales por un Gabinete presidido por el Sr. Posada Herrera...

Vamos, les digo á ustedes que me voy á divertir mucho y que, si Dios me da vida y salud para entonces, he de echar una cana al aire (es decir, una cana de la peluca) en honor de los esclarecidos patricios y consecuentes hombres públicos que no vacilan en sacrificar su reputación, su prestigio y sus convicciones políticas en aras del bien del país... que tendría el mayor de los bienes en no tenerlos á ellos.

¡Regocijémonos! porque se ofrece ante nuestros ojos un muestrario de novedades, una serie de emociones y una recua de planes políticos que han de entretenernos tanto y más que una representación de los fantoches del Retiro.

Hasta entonces, nada de impaciencias, que matan las mejores causas. Y si llega el *entonces* (que si llegará) y no nos reímos (que todo pudiera ser)

nos queda esta alternativa
al final de la jornada:
reír á lagrimea viva
ó llorar á carcajada.

BLAS.

LOS GRABADOS

EL ANTIGUO ALCÁZAR DE MADRID

Cosa es de extrañar que el famoso Alcázar de Madrid, de que ya se hace mención en tiempo de la conquista de esta villa en el siglo undécimo, y que otros autores más prudentes suponen fundado por su conquistador Alfonso VI; alcázar regio que ya vemos figurar en tiempos del rey Don Pedro, y que por entonces parece quedó arruinado en parte á causa de un terremoto; que luego fué reedificado por los Enriquez II y IV, primeros monarcas que tomaron afición á la residencia de esta villa, que representó tan importante papel en defensa de Doña Juana la Beltraneja y contra los derechos de la reina Isabel, y más tarde defendido por los comuneros y sitiado por Carlos V, quien después lo amplió y mejoró notablemente; que fué habitado, en fin, y convertido en Palacio Real por su sucesor Felipe II desde el momento que determinó fijar irrevocablemente su corte en Madrid; es cosa singular, volvemos á repetir, que tan importante monumento histórico y artístico haya quedado como olvidado en los anales madrileños, y que ninguno de los muchos autores, como Dávila, Quintana, Pellicer, Pincio, Baena y otros que trataron especialmente de las cosas de Madrid, no tuvieran á bien dedicar algunas líneas á describirnos la suntuosa morada de los antiguos reyes de Castilla, la formidable fortaleza, protectora de la capital del reino.

Tampoco suplieron esta falta los sucesivos autores que se ocuparon después en la crónica de las artes españolas, y en vano buscaríamos en las obras de Ponz, Llaguno, Cean y otros, los datos suficientes para formarnos una idea del edificio en cuestión. Sólo sabemos por todos ellos, y por el testimonio de la historia, que después de haber llegado á su apogeo en los siglos XVI y XVII, y trabajado en él los más célebres artistas, como los dos Vegas, Herrera, Toledo, Mora etc., adornándole sucesivamente con todos los recursos de su talento y la notoria esplendidez de los monarcas de la dinastía austriaca, vino á desaparecer absolutamente á impulsos de un voraz incendio acaecido en la noche de Navidad (24 de Diciembre de 1734), cuando ya reinaba á la sazón Felipe V, el primero de los Borbones en España.

Tan lastimoso suceso también se halla simplemente indicado en todos los autores, y no parece sino que se dieron de ojo para negarnos la noticia de su causa, la descripción de la catástrofe, y hasta el edificio que suplió para morada de los reyes desde dicho año 34 hasta que quedó habitable el nuevo Palacio Real, que por lo menos debieron mediar diez años.

Tampoco en el archivo de la villa de Madrid hemos hallado noticias de nada de esto, y únicamente conservamos memoria del antiguo Alcázar de los Carlos y Felipes por un pequeño modelo en relieve que se conserva en el Gabinete topográfico de Madrid, al lado del otro magnífico levantado por el Abate Jubara como plan ideal del sorbeo palacio que proyectó construir, y que no tuvo efecto, de que hablaremos después.

Pero afortunadamente, para suplir en parte estas faltas, hallamos hace tiempo una obra, aunque en lengua francesa, é impresa en Amsterdam en los principios del siglo pasado, en la cual tratándose de las cosas de España y Portugal, da algunas noticias del Alcázar antiguo de Madrid, y la vista de su fachada principal. Estas noticias, pues, y este dibujo, son los que hoy hemos adoptado para ofrecer á nuestros lectores, y terminar luego nuestra narración con algunas indicaciones, y una vista del nuevo Palacio Real.

El Alcázar antiguo de Madrid estaba situado en el mismo sitio que hoy el Real Palacio en una de las extremidades de la villa hacia la parte Occidental, y sobre una eminencia que domina las campiñas regadas por el Manzanares. En su posición elevada, en la fortaleza de sus cubos y torreones, y en su severo aspecto, manifestaba claramente su origen, y únicamente la fachada del Mediodía, que era la que miraba á la América Real como construcción más moderna, guardaba mayor analogía con su objeto posterior.

Dice el viajero cuya obra tenemos á la vista, que delante de esta fachada, y sin duda en el espacio que mediaba entre ella y la Armería, se hallaba una espaciosa plaza formada de casas de soberbia apariencia, y cuyos balcones todos estaban dorados. La fachada del palacio terminaba en dos pabellones con sus torres, y tres grandes puertas abiertas en ella daban paso á dos espaciosos patios, en el fondo de los cuales se veían las escaleras que conducían á las habitaciones superiores. En estos y otros patios se formaban galerías sostenidas por columnas, y parece que en el piso bajo de estas galerías había muchas tiendas de mercaderes, y sobre algunas de ellas lindas terrazas ornadas de balaustradas con tiestos y estatuas.

Subíase á los cuartos de las personas reales por una escalera extremadamente ancha, con los pasamanos de piedra azulada y adornos dorados, que daba entrada á una galería bastante ancha, llamada Sala de Guardias, en la cual daban el servicio las tres compañías de archeros, ó *de la cuchilla*, compuestas de flamencos y borgoñeses, los alabarderos españoles, y los tudescos ó alemanes.

Las habitaciones reales eran muchas, suntuosas y ricamente adornadas de primorosos cuadros, estatuas y muebles. Dicho viajero cita entre los primeros una pintura de Miguel Angel, que dice haber costado á Felipe IV cinco mil doblo-

nes y representaba la Oración de N. S. en el Huerto de las Olivas. Habla también de las ricas y primorosas tapicerías flamencas, y de los frescos que adornaban las paredes. Sobre todo, el salón de Audiencia ó de Embajadores era magnífico, cubierto materialmente de ricos adornos dorados.

Los grandes calores del estío obligaron también á los monarcas habitantes de aquel palacio á guarecerse con gruesas paredes y economía en las luces; por lo demás la distribución de las ventanas, su elegante adorno de mármol, y balaustres dorados, daban á la fachada principal ó del Mediodía un aspecto exterior muy agradable.

Por los lados del Poniente y Norte conservaba perfectamente su antiguo carácter de fortaleza, con sus cubos salientes, sus fosos y derrumbaderos, y por la de Oriente se hallaba materialmente ahogado con el caserio de la antigua población. Pero en la bajada de dicha parte del Poniente, y en el espacio que media entre el Alcázar y la Casa del Campo, se extendían los bellos y variados jardines, el frondoso *Parque de palacio*, de que hoy no queda el más mínimo vestigio, y de que tan románticos recuerdos nos dejaron Lope y Calderón en sus comedias de capa y espada.

Conviene advertir que el Alcázar Real era bastante extenso para dar habitación al monarca y su familia, y para contener también en él todos los Consejos de Castilla, de Aragón, de Portugal, de Italia, de Flandes y de las Indias; y á propósito de esto, no queremos dejar de aprovechar la ocasión de transcribir aquí una noticia que hallamos hace tiempo revolviendo mamotretos en el archivo de la villa de Madrid; noticia curiosa que no echarán, como suele decirse, en saco roto, los poetas que anden á caza de incidentes dramáticos de la mansión real. Dice así: — “En el antiguo Palacio ó Alcázar, mandó el rey D. Felipe IV en 1622 abrir unas ventanillas que se llamaban *escuchas* y daban á las salas donde se reunían los Consejos, y desde allí oía sus discusiones.”

Por supuesto que además de dichos Consejos se hallaban dentro del mismo Alcázar todas las Secretarías del Despacho en los aposentos bajos llamados *las Covachuelas*, de donde quedó á sus oficiales el título de *Covachuelistas*. En el pabellón izquierdo de la fachada principal paró el príncipe de Gales cuando vino en 1623 á visitar á Felipe IV, y hay quien asegura que en los mismos aposentos acaeció el trágico drama de D. Carlos, hijo de Felipe II, y aun la detención de Felipe I, rey de Francia, luego que fué trasladado de la casa de los Lujanes al Alcázar Real.

Todos estos recuerdos históricos, todos aquellos primores artísticos desaparecieron absolutamente con el fatal incendio de 1734, y Felipe de Borbón, á quien se le venía, como suele decirse, á la mano, la ocasión de borrar del todo esta página de la dinastía su antagonista, determinó arrancar hasta los vestigios de su mansión, y levantar sobre ella otra más grande, magnífica, y digna del gusto de la época y del monarca de tantos pueblos.

CORO Y CLAUSTROS DE LA CATEDRAL DE BARCELONA

En LA ILUSTRACIÓN publicamos hace cerca de dos años una carta descriptiva de la insigne catedral barcelonesa, que nos excusa de detenernos aquí en una descripción puramente artística. Como complemento de aquella carta y explicación de los dos grabados que hoy publicamos, vamos á reunir aquí, en forma de sumario, una curiosa carta de noticias relativas á este monumento, uno de los más notables de España.

Tres son, dice el Sr. Cornet, contando el actual, los templos que para catedral ha tenido Barcelona. La época de la edificación de la primera es oscura, y según Pujades, ocupaba el local donde se ve la gradería que baja á la calle de la Corribia, abriéndose su puerta principal al Occidente de la casa de la Canonja. Destruída por los moros á últimos del siglo X, reedificóla D. Ramón Berenguer I en 1046 delante del antiguo palacio del Obispo en el circuito de la iglesia actual. Subsistió en pie por espacio de unos dos siglos y medio, hasta que para ensancharla fué demolida y se colocó la primera piedra de la actual, el día 1.º de Mayo de 1298. La parte del testero hasta el coro y algo más, quedó concluida en 1329, y en 1338 la capilla subterránea ó panteón en que se venera el cuerpo de Santa Eulalia, patrona de la ciudad.

Compónese el templo de tres naves, cuyas bóvedas sostienen ocho pilones y los diez del ábside; en mitad del santuario se ve el coro; frente de éste el presbiterio, y debajo del presbiterio la capilla de Santa Eulalia, todo á cual más bello y delicado. El tabernáculo mayor es magnífico y se halla cerrado por 10 pilones en semicírculo, que forman nueve arcaadas, cuyo friso contiene una graciosa galería trebalada que sirve de dosel. Ignórase el nombre del artista que labró este tabernáculo; sólo se sabe que se construyó en 1573.

El coro es bellísimo: dos hileras de sillas corren por los tres lados; los de la superior encantan por su sencillez y elegancia, las construía Matías Bonafé en 1453, pagándole 15 florines por el trabajo de cada una. Los doseletes piramidales, tan ricos en esbelta talla, fueron obra de los artistas alemanes Miguel Loquer y Juan Frederic, que la labraron en 1483. En estas sillas están pintados los escudos de los caballeros del Toisón, que celebraron en este coro su primer capítulo general en 1518, presidido por el gran Carlos V.

La parte de iglesia desde el coro á la puerta principal data de 1420 y se hizo á expensas del Obispo Sr. Sopera, Patriarca que fué de Jerusalén.

Encima de la puerta de San Ibo está el órgano, construído en 1546. En 26 de Mayo de 1646 casi lo destruyó un rayo, por lo que fué preciso restaurarle. En 1849 otro rayo inutilizó 85 de los 4.133 tubos que contiene y que forman 40 registros. Posteriormente ha sido por dos veces reconstruído, hallándose al presente en muy buen estado.

El claustro representado en otro de nuestros grabados fué debido al arquitecto Roque, que en 1432 continuó Bartolomé Gual y en 1448 Andrés Escuder, que cerró su última bóveda y no se halla aún concluído. En medio se ven la fuente del lavadero y la de las ocas, que dan animación al conjunto severo y majestuoso del claustro capitular. Las es-

beltas columnas poseen variados capiteles, en que se ven representados pasajes de la Historia Sagrada.

En el claustro hay muchos sepulcros y capillas que, sin igualar en mérito al conjunto del edificio, encierran notables curiosidades para la historia y para las artes.

Lástima que la catedral de Barcelona esté sin concluir. Fáltale fachada, se halla sin cerrar la bóveda de la entrada de la nave central: el claustro se ve desmochado: es un monumento de primer orden que á un mismo tiempo honra y deshonra á los barceloneses. No sabemos desde qué tiempo hay nombrada una Junta de restauración: pero las obras no se empiezan, y si las obras no se empiezan, claro está que la catedral no se acaba.

Quiera Dios que algún día se cumplan los votos que hacen por su terminación los amantes del arte cristiano.

AGRONOMÍA

INFLUENCIA DE LAS SELVAS SOBRE EL CLIMA

El agua
Del cielo viene.
Al cielo va
Y vuelve á la tierra
En cambio eterno.
(Gæthe.)

Lo bello, lo útil y lo agradable de las selvas, es tal vez conocido y muchas veces también apreciado; pero no todos sabrán que la cantidad y calidad de los árboles que forman las selvas son el regulador de la atmósfera y por consiguiente, del clima de un país.

Superfluo nos parece extendernos sobre la influencia que ejerce el clima en un país, pues se sabe que del clima depende la producción de aquél, los hábitos, el modo de pensar y hasta el carácter de su población.

En atención á la inmensa importancia de las selvas, la ciencia se ocupó seriamente de las investigaciones de la poderosa influencia que ejercen, y el examen detenido de las revelaciones que en este sentido diariamente se están haciendo, ofrece al hombre pensador uno de los ramos más interesantes para el estudio.

Para convencerse de la alta importancia de las selvas en el mundo, basta estudiar con prolijidad la historia de diferentes países, en la cual hemos de encontrar el ejemplo asombroso de que algunos, antes renombrados por su enorme feracidad, son hoy conocidos por completamente estériles ó más bien casi desiertos, como Palestina y Grecia, y si se pregunta cuál ha sido la razón de un cambio tan deplorable, se nos contestará que allí el clima ha cambiado completamente.

Otro ejemplo, que no deja de ser muy importante con respecto al cambio de clima, lo tenemos en el Norte de Alemania, donde en los tiempos antiguos se cultivaba la vid en mayor escala y de la cual hoy día ni siquiera se encuentran rastros.

Se sabe que parajes en Francia y en Suiza que antes se distinguían por su feracidad y densa población, hoy día son soledades. — Hace poco que hemos leído que la Virginia, provincia de los Estados-Unidos, se está volviendo cada vez más estéril, llamando una atención especial de su Gobierno por la gravedad del asunto, no encontrándose para todos estos cambios funestos otra explicación que la de que el clima de aquellos países ha cambiado completamente.

En consideración á la alta importancia que presentan estos cambios para los pueblos, porque se trata nada menos que de su existencia, es natural que la ciencia, tan avanzada ya, se haya ocupado con toda la prolijidad que merece tan grave cuestión, de investigar cuáles puedan ser las razones que hayan producido esos cambios de clima. El resultado de las investigaciones y observaciones hechas por los hombres más eminentes ha sido, y no cabe ya la menor duda hoy, que estos cambios tan funestos son producidos por la insensata destrucción de las selvas, y que son ellas las que regularizan el estado de la atmósfera y, por consiguiente, el del clima.

Hace poco que el ilustrado doctor Berger, en Frankfurt, ha estudiado con mucha atención la influencia de las selvas sobre la atmósfera y basado su doctrina en numerosas investigaciones, observaciones y ensayos hechos tanto en ellas como en los campos abiertos.

La temperatura de una selva es menor en verano durante el día, pero durante la noche es más alta que la de los campos abiertos.

Durante el día hay una corriente de aire, que saliendo de la selva para el campo abierto, se levanta entonces sobre éste hasta cierta altura y vuelve otra vez para la selva. Durante la noche se repite la operación, pero en dirección opuesta, completándose de este modo la circulación.

Por consiguiente, durante el día la humedad evaporada por el follaje de los árboles es llevada para abajo al interior de la selva, condensándose aquí

en caso de saturación suficiente ó al campo abierto, levantándose allí para volver á la selva.

Después la noche se lleva por esta razón la corriente de aire del campo abierto á la selva, pero no vuelve, condensándose la humedad por medio de las partes altas del follaje. Así se explica la sequedad de la vecindad inmediata de las selvas y la humedad de su interior, siendo esta la razón por que se encuentra siempre gran número de manantiales en las selvas.

Una selva colocada en el declive de un cerro, enfriará y secará la planicie alta que se encuentra en la cresta del cerro, mientras que llevará humedad á los valles; de ahí el aire tibio, abochornado, que se siente en los valles cubiertos con bosques.

Allí donde se encuentran comarcas de diferente temperatura, lindando una con otra como es el caso, alternándose selvas con campos abiertos, cerros con valles, agua (lagunas, ríos) con tierra firme, allí se produce sobre los llanos más cálidos una corriente de aire ascendente que lleva consigo la humedad.

Este aire ascendente se enfría, su vapor hidrogénico se condensa, bajo las circunstancias apropiadas y cae en forma de lluvia.

El alternado entonces, entre selvas y campos abiertos, favorece la precipitación de la corriente de aire ascendente.

Allí donde no se encuentre semejante alternado, no ha de haber una corriente ascendente y, por consiguiente, no puede haber precipitaciones.

Según la doctrina relativa á las neblinas del doctor Berger, publicada en los *Anales Poggendorf*, se encuentran siempre entre neblinas y nubes dos corrientes verticales de aire, una corriente ascendente, cálida y saturada, de la cual la humedad que contiene será condensada, enfriada por la corriente fría, y otra corriente fría que, bajándose, se calienta disolviendo la humedad.

Una nube producida por la corriente ascendente bajará y se vaciará sobre la selva y faltando entonces la corriente ascendente, se comprenderá la idea vulgarmente expresada, de que «la tormenta no puede salir de la selva.»

Llevándose la corriente ecuatorial por medio de estas corrientes locales, por abajo, y llevándose por las mismas razones la corriente polar por arriba, produciéndose una mezcla de diferentes capas de aire con diferentes temperaturas, y sabiéndose que las selvas favorecen semejantes corrientes locales, es evidente que las selvas favorecen las precipitaciones generales; por consiguiente, es menester tratar de procurar un alternado racional entre las selvas y campos abiertos para gozar de esta grande, indispensable ventaja.

Una de las pruebas más evidentes de la influencia poderosa de las selvas sobre las precipitaciones de que son origen los manantiales, nos la da el célebre naturalista Boussingault en su renombrada obra: *La Agricultura en su relación con la Química, la Física, y la Meteorología*, vol. II, pág. 416, cuando dice: «Uno de los ejemplos más pronunciados de la gran influencia de las selvas sobre las precipitaciones, respectivamente manantiales, se encuentra sin duda en el valle de Aragua en la República de Venezuela.

Situado á poca distancia del mar, favorecido por un clima cálido y un suelo de una feracidad sin igual, produce todas las plantas tropicales, mientras que las crestas de los cerros que se levantan en el medio del valle se encuentran cubiertos con trigales que hacen recordar con sorpresa una labranza europea.

El valle de Aragua se encuentra completamente cerrado por las sierras que lo circundaban y por esta razón los ríos que nacen en ellos no desembocan en el Océano, sino que se reúnen en la parte más baja, formando el hermoso lago de Tacarigua ó Valencia. Este lago se encuentra, según Humboldt, á una altura de 439 metros sobre el nivel del mar. Su largor es de diez leguas y su parte más ancha como de dos y media.

Cuando Humboldt visitaba el valle de Aragua, la población estaba afligida por la razón de que evidentemente, aunque poco á poco, se iba secando el hermoso lago.

Efectivamente, bastaba estudiar los autores antiguos que habían dado descripciones de este valle para convencerse de la triste verdad de este acontecimiento.

Oviedo, que tantas veces visitaba el valle de Aragua, afirma en su descripción de la provincia de Venezuela, publicada en 1723, que la ciudad de Nueva Valencia, fundada en el año 1555, estaba situada á media legua del lago de Tacarigua, mientras que Humboldt en el año de 1800 encontraba que dicha ciudad distaba 2,560 metros de la playa del lago.

Los hombres científicos del país investigaron este grave fenómeno y concluyeron por no poderlo ex-



CORO DE LA CATEDRAL DE BARCELONA.
Ayuntamiento de Madrid



CLAUSTROS DE LA CATEDRAL DE BARCELONA.

Ayuntamiento de Madrid

plicar de otra manera que con la hipótesis de que el lago debía tener un desagüe subterráneo.

Humboldt, después de investigaciones muy prolijas, rechazó del todo esta hipótesis é insistió en que sin duda alguna la única causa de la disminución del volumen de agua del lago se debía encontrar en la destrucción insensata de las selvas que cubrieron antes las crestas y declives de las sierras, diciendo:

«El hombre prepara sin duda para las generaciones venideras un doble mal; escasez de agua y escasez de maderas, con la insensata destrucción de las selvas.» (Viajes de A. v. Humboldt, vol III, pág. 121.)

El valle de Aragua contaba en el año de 1800 una población tan densa como una de las comarcas más pobladas de Francia, con numerosas aldeas y villas. — La labranza floreció de un modo extraordinario: grandes trechos se encontraban plantados con algodón, caña de azúcar, etc., etc.

Veinticinco años después, Boussingault visitaba el valle de Aragua, y los pobladores le contaban (y era efectivamente cierto) que el grandor del lago aumentaba tanto desde algunos años al extremo, que reinando un viento del NO. por algunos días, el camino real de Maracay á Nueva Valencia se cubría con agua, y muchos parajes que antes se habían cultivado, ya estaban completamente sumergidos, temiendo la población que poco á poco el agua se llegase á apoderar del todo de sus labranzas.

En los 25 años que habían transcurrido entre la visita de Humboldt y la de Boussingault, Venezuela había pasado por acontecimientos políticos muy graves: Venezuela no pertenecía á España. El valle pacífico y hermoso de Aragua había sido teatro de una guerra sangrienta que diezmo su población, arruinó sus cultivos, y las selvas ganaron terreno con la rapidez tropical de aquellos países, cubriéndose de nuevo una gran parte de los declives y crestas de las sierras que antes había costado más de 100 años para rozarlos.

En el de 1800, cuando el valle de Aragua floreció, se había hecho uso de los ríos que desembocaban en el lago para el regadío de las culturas, dejando seco por lo menos durante seis meses del año los lechos de los ríos: después de la revolución y guerra civil no se hacía uso de ellos para el regadío y desembocaron en el lago como en los tiempos antiguos.»

Los ejemplos de las consecuencias tristes que atrae la devastación de las selvas son muchos. Ya hemos dicho que en Francia se ha hecho sentir el cambio del clima por esta razón; en efecto, el cambio en algunos ha sido espantoso: comarcas enteras antes en estado floreciente son hoy soledades que abaten el alma. El Gobierno de Francia, asustado por el acontecimiento, ha hecho lo posible para repoblar con selvas algunas partes del país, y hace algunos años que compró en una sola vez en Strasburgo 27.948 libras de semilla de pino, mejor dicho, toda la semilla que había, consiguiendo así, en solamente 4 años, el replantío de 12.782 hectáreas de terreno en la tierra de los Vosges.

Los Estados-Unidos, que antes efectivamente sufrieron por la superabundancia de selvas, procedieron á su devastación á diestro y siniestro; hoy ya sienten las consecuencias de ese torpe proceder, habiéndose cambiado el clima de algunos Estados de tal manera, que llaman la atención especial del Gobierno, quien, apreciando la gravedad del asunto, trata, para evitar una verdadera calamidad en el país, de repoblar con selvas gran parte del territorio. La conciencia del error y del peligro tiene allí tanta fuerza ya, que tal vez no hay ni un solo Gobierno en los diferentes Estados que no trate de estimular el cultivo de los árboles ofreciendo premios, excepciones de contribuciones directas por cinco, diez y más años, á aquellas personas que quieran dedicarse al cultivo de los árboles en grande escala.

Con la energía que distingue á los yankees, algunos de los Gobiernos han ido tan lejos, que han hecho contratos con personas idóneas para semejante objeto. Por ejemplo, el de California paga á una sola persona un crecido sueldo y le da las plantas de balde, con la condición de que siembre anualmente un número fijo de árboles.

En la India, tierra predilecta por su feracidad y sus densas selvas, el Gobierno se ocupa seriamente del asunto, tratando á todo trance de evitar la imprudente devastación de los bosques.

En una palabra, vemos que en todo el mundo los Gobiernos se ocupan muy enérgicamente de las selvas para evitar una calamidad infalible. ¿Y España? Destruye.

VENTILACIÓN DE LOS EDIFICIOS

II

CONDICIONES DE UNA BUENA VENTILACIÓN

Es sabido que la composición normal del aire ambiente es una mezcla de

20,80 de oxígeno } en volumen,
79,20 de ázoe. . . }

y además contiene en las circunstancias ordinarias una cantidad de ácido carbónico, variable de 3 á 6 diezmilésimas, y otra de 6 á 9 milésimas de vapor de agua.

Según los experimentos más recientes, un hombre joven y en buena salud, hace de 16 á 17 espiraciones por minuto; trasforma por hora en ácido carbónico todo el oxígeno contenido en 70 litros de aire; el volumen de aire que espira en cada hora es de 334 litros, conteniendo unos 15 de ácido carbónico, y está por consecuencia en la proporción de 0,04 este último.

Estas cantidades varían entre ciertos límites, según sea el estado de reposo ó actividad, de salud ó de enfermedad del individuo que se considera, é influyen también ciertas condiciones externas, como la temperatura y otras; pero pueden admitirse como término general las cifras que aparecen en el siguiente cuadro:

ÁCIDO CARBÓNICO EXHALADO POR EL HOMBRE EN UNA HORA

De 8 á 10 años de edad.....	10 litros.
De 15 — — — — —	15 —
De 20 — — — — —	21 —
De 25 — — — — —	23 —
De 40 á 60 — — — — —	18 —

Es opinión admitida entre los principales higienistas, que el aire de las habitaciones no debe nunca contener una dosis de ácido carbónico que exceda del doble de la cantidad que contiene en su estado normal; de suerte, que variando ésta de 0,0003 á 0,0006 próximamente, nunca deberá contener aquél más de 0,0006 á 0,0012. Pero, á más de la respiración, contribuyen con más ó menos eficacia á viciar el aire respirable la traspiración cutánea y la combustión, bien sea de las chimeneas ó estufas, bien de las luces artificiales; así es que teniendo en cuenta estas diversas causas, y con arreglo á experimentos practicados en circunstancias muy diversas por higienistas distinguidos, como Grassi, Trélat, Péligré, general Morin y otros, se admite hoy día que la cantidad de aire viciado por persona y hora en locales cerrados es la siguiente:

Escuelas de niños.....	12 á 15 metros cúbicos.
Escuelas de adultos.....	25 á 30 — —
Teatros y cuarteles.....	40 — —
Hospitales ordinarios (2).....	60 — —
Talleres (término medio).....	80 — —

Es, por lo tanto, necesario, si se ha de establecer una ventilación eficaz y conveniente bajo el punto de vista higiénico, no sólo extraer esta cantidad de

1 Según los numerosos experimentos que recientemente ha verificado M. Reiset, resulta que apenas varía la cantidad del ácido carbónico en el aire ambiente, y que su proporción difiere poco de 0,0003 en volumen. En París, donde tantas causas de producción de ácido carbónico existen, como la combustión de los hogares, la respiración del hombre y de los animales, la destrucción espontánea de materias orgánicas y otras, se ha visto que el ácido carbónico no excede de 0,00035. (*L'Année Scientifique*, par Louis Figuier, 1883.)

Por otra parte, según expone el profesor de higiene de la Universidad de Cambridge, A. Ransome, en su folleto titulado: *Aire puro y su influencia sobre la salud* (*Pure Air and its influence upon health*), el doctor Angus Smith ha obtenido cantidades variables de ácido carbónico según las circunstancias, como puede verse en el siguiente cuadro:

AIRE.	Volumen de oxígeno por 100.	Ácido carbónico.
Orilla del mar, montañas, etc.....	20,999	0,0332
Arrabales de Manchester (lloviendo).....	20,980	—
— — — — — (despejado).....	20,947	0,0403
— — — — — (con niebla).....	20,910	0,0679
En un gabinete cerrado.....	20,890	0,0970
— — — — — (con lámpara).....	20,840	0,1177
En sala de teatro.....	20,740	0,3200
Detrás de casas.....	20,700	0,0774
En una mina.....	20,140	0,7850
— — — — — (mal ventilada).....	18,270	2,5000

Al entrar el aire en los pulmones contiene regularmente 21 por 100 de oxígeno y 4 por 10.000 de ácido carbónico; mientras que el aire espirado sólo contiene 13 por 100 de oxígeno y 500 por 10.000 de ácido carbónico.

2 En los hospitales de variolosos se admite una cifra doble, y en los de parturientas triple.

aire viciado, sino reemplazarle por igual volumen de otro puro y á una temperatura conveniente, de suerte que, al entrar en el local que se considere, se encuentre relativamente fresco en la época del verano y templado en la del invierno. Al mismo tiempo, es de necesidad evitar á toda costa corrientes de aire algo marcadas y á diversas temperaturas, corrientes que, si siempre son perjudiciales á cuantas personas las reciben, son altamente dañosas á los organismos delicados ó enfermos.

Como el aire exhalado presenta en general una temperatura muy superior á la del ambiente ó normal, se eleva en virtud de su menor densidad á la parte alta de las habitaciones, inficionando su región superior, y hay, por lo tanto, necesidad de extraerle, estableciendo en esta región los aparatos convenientes. Por otra parte, el aire que se ha de introducir en reemplazo del que se extraiga, y cuya densidad es mayor que la de éste, se ha de tomar del exterior del edificio y en las mejores condiciones posibles de pureza y de abundancia.

En dos condiciones muy distintas puede verificarse el ingreso del aire exterior en la habitación que se trata de ventilar, y son: entrando por la parte inferior, cerca del pavimento, ó por la superior, cerca del techo. La primera tiene la ventaja de que no se mezcla el aire puro con el viciado que se encuentra en la región superior; pero, en cambio, presenta el inconveniente de que, estando en general el primero á más baja temperatura que el segundo, enfría las extremidades inferiores de las personas que se encuentran en la habitación, mientras que la cabeza y los pulmones se encuentran en una atmósfera más caldeada, lo cual, no sólo es incómodo, sino que predispone á congestiones frecuentes. Por otra parte, en las bocas de ingreso del aire hay siempre una corriente más ó menos enérgica, á la que estarían expuestas directamente las personas situadas cerca de dichas bocas, ocasionando enfriamientos peligrosos.

La segunda disposición, ó sea el ingreso del aire por la parte superior de la habitación, presenta el inconveniente de tener que atravesar capas de aire más ó menos viciado, al descender el puro en virtud de su mayor densidad, antes de llegar á la región inferior donde se encuentran las personas. Esto no obstante, el aire ingresado suficientemente puro ejerce su benéfica acción empezando por refrescar la cabeza y los pulmones, antes de llegar á las extremidades inferiores; no hay posibilidad de corrientes dañosas, dada la distancia que siempre separa á las personas de las bocas de ingreso; la temperatura y la pureza del aire es más igual en la región inferior que con la disposición primera, y no hay posibilidad de experimentar corrientes ni enfriamientos, cualquiera que sea el lugar que ocupen las personas sobre el suelo.

Vemos que, en definitiva, la segunda disposición es preferible á la primera bajo el punto de vista higiénico, y es fácil atenuar de un modo eficaz el único inconveniente que presenta, haciendo que la zona en que tiene lugar el ingreso del aire se encuentre situada del lado opuesto á aquella en que se verifica la extracción del viciado. Por este medio puede conseguirse que el aire puro caiga desde un lado hacia el centro de la habitación en forma de lluvia refrescante; y una vez elevada su temperatura y alterada su pureza, sube hacia el lado opuesto por donde se le extrae, produciéndose en toda la masa flúida una renovación constante y lenta, y, por consecuencia, sin ocasionar corrientes perjudiciales.

Cualesquiera que sean el sistema de ventilación que se adopte y los aparatos que para este fin se establezcan, es indispensable poder regularizar á voluntad la energía de estos aparatos, á fin de conseguir que haya cierta armonía y correspondencia entre las causas que vician el aire del local ventilado y la eficacia de su renovación. Estos registros, de forma muy variable, son en general de fácil manejo y actúan de una manera eficaz, modificándose en cada momento que se crea necesario la actividad de la ventilación.

Para terminar cuanto llevamos expuesto relativo á las condiciones de una buena ventilación, reproduciremos lo principal de lo que acerca de este punto expone una autoridad en la materia, que ya hemos citado anteriormente.

«El vapor acuoso que se exhala con el aliento y de la superficie general del cuerpo, contiene una pequeña porción de restos de materia animal, que experimentos exactos han probado ser un veneno mortífero. Varias veces he analizado químicamente la composición de esta materia orgánica, y he visto que contiene compuestos amoniacales, resultado de la descomposición de materia animal...»

» El ácido carbónico del aire confinado se encuentra generalmente acompañado de un gas más mortífero, que es el óxido de carbono, y por ciertos compuestos sulfurosos que, al pasar á los pulmones, producen una constante irritación, causa principal de muchas enfermedades de los órganos respiratorios...

» 1. Toda corriente de aire que éntre en una habitación con una velocidad menor de 0^m,5 por segundo no es perceptible por las personas...

» 2. Habiendo abundancia de aire se le debe hacer pasar por muchas aberturas pequeñas, como zinc perforado...

» 3. Puede evitarse la corriente directa del aire entrante haciendo que choque contra el aire mismo de la habitación, ó contra el techo y paredes, hasta que disminuya bastante su fuerza y se mezcle algo con la atmósfera general...

» 4. Puede disminuirse la sensación de la corriente calentando el aire. Esto se consigue parcialmente haciendo que la corriente se mezcle con el aire ya caliente de la habitación antes de llegar á nuestro cuerpo; pero es preferible templar ó calentar el aire por otros medios antes de su introducción.

III

SISTEMAS DE VENTILACIÓN

Aunque la ventilación tiene por único objeto extraer de un edificio el aire viciado por la respiración y la traspiración, el alumbrado, la calefacción y otras causas, reemplazándole con una cantidad igual de aire puro tomado del exterior, puede realizarse esta renovación ya naturalmente en virtud de la distinta densidad, temperatura y composición que generalmente existe entre el aire interior y exterior, facilitando la salida del primero y el ingreso del segundo sin necesidad de emplear para esto fuerzas y motores extraños y especiales, ya haciendo uso de aparatos más ó menos complicados y poderosos, que unas veces inyectan el aire puro exterior, otras extraen el viciado y otras verifican simultáneamente ambas operaciones. De aquí la división generalmente admitida de ventilación *natural* y *artificial*.

La primera hace que las personas que se hallan dentro del edificio se encuentren en condiciones respiratorias casi iguales á las que tendrían al aire libre, y bajo este punto de vista es muy superior á todos los sistemas adoptados de ventilación artificial, en los que es muy difícil regular la inyección ó la extracción del aire de tal suerte, que se encuentre en condiciones análogas de presión á las que tiene el aire exterior. Una prueba de la diferencia que existe entre ambos sistemas se tiene en el cuadro inserto anteriormente, relativo á la mortalidad en los hospitales generales de París, ventilados natural y artificialmente.

Ventilación natural.— Toda abertura ó grieta practicada en las puertas, ventanas ó paredes de una habitación contribuye con más ó menos eficacia á ventilarla naturalmente, en virtud de la diferencia de densidad y temperatura entre el aire interior y exterior; pero su acción, á más de incompleta é irregular, ocasiona corrientes dañosas á las personas que las reciben.

La diferencia de temperatura da lugar á dos efectos muy diversos, que conviene conocer en las aplicaciones. Cuando es más elevada en el interior, el aire es necesariamente menos denso que en el exterior, y tiene una marcada tendencia á escaparse por la parte más alta de las habitaciones, de las cajas de escaleras y de los cañones de las chimeneas, penetrando el aire más denso exterior por la parte más baja y ocasionándose con frecuencia una activa ventilación, que en el invierno, sobre todo, da lugar á corrientes de aire frío y dañoso. Pero si, por el contrario, la temperatura interior es más baja que la exterior, el aire frío confinado, que es más denso que el ambiente, tiende á salir por la parte baja de las habitaciones, de las escaleras y de las chimeneas que no están encendidas, dando lugar con frecuencia en las últimas á esparcir algún olor del hollín que cubre sus paredes, lo que indica claramente el sentido de la corriente del aire, que por otra parte es fácil de observar colocando en el hogar una bujía encendida ¹.

¹ Parece que el primer físico que haya observado este fenómeno fué el célebre Benjamin Franklin, que en sus obras se expresa en estos términos:

» En el verano, cuando no se enciende fuego en las chimeneas hay una corriente regular de aire que asciende continuamente desde las 5 ó 6 de la tarde hasta las 8 ó 9 de la mañana próximamente, y entonces la corriente comienza á disminuir y á oscilar durante cosa de media hora, después de la que empieza á descender con la misma fuerza y continúa en esta nueva dirección hasta cerca de las 5 de la tarde, en que disminuye de nuevo y oscila, subiendo y bajando

Otra de las causas que produce una ventilación natural, aunque siempre más ó menos imperfecta, es la porosidad de los materiales que forman las paredes de las habitaciones. Los experimentos llevados á cabo en 1867 por el profesor Pettenkofer y posteriormente por Marker, Herscher, Hudelo y otros, han determinado las cantidades de aire que pasan por hora y por metro cuadrado de pared de 0^m,72 de grueso y sin enlucido ni papel, resultando las cifras siguientes:

Arenisca.....	1,69	Tapial ordinario....	5,12
Caliza.....	2,32	Ladrillo húmedo....	1,68
Toba.....	3,64	Ladrillo seco.....	2,83

Por regla general puede admitirse, con arreglo á las observaciones verificadas, que las paredes mojadas no dejan pasar más que 0,4 á 0,5 del aire que pasaría si estuvieran secas. Según esto, es fácil comprender la gran importancia que entraña la cuestión referente á los miasmas y fermentos producidos por los enfermos, que pueden al cabo de cierto tiempo saturar las paredes de las habitaciones en general y más particularmente de los hospitales, á causa de las filtraciones, de gases viciados y miasmáticos. Otro tanto puede decirse de las escuelas, cuarteles, talleres, y en general de todo edificio donde se aglomeren por algún tiempo muchas personas.

Para que la ventilación natural dé todos los resultados que puede proporcionar, es necesario facilitar un abundante ingreso del aire exterior por medio de aberturas convenientemente dispuestas, de modo que no ocasionen corrientes directas sobre las personas, y proporcionar una rápida y eficaz extracción del aire viciado sin necesidad de apelar á motores especiales y medios ó aparatos mecánicos.

Ventilación artificial.— El carácter distintivo de este sistema de ventilación consiste en el empleo de máquinas ó aparatos mecánicos movidos por un motor especial y que produzcan, ya una aspiración para extraer el aire viciado, ya una impulsión para inyectar el aire puro exterior, ó ya ambos efectos simultáneamente.

Muchos son los medios y aparatos que se han adoptado en la primera disposición, por más que todos adolecen del defecto capital, cuando se emplea un motor especial, de que si es poco enérgico la ventilación es incompleta, y si lo es mucho ocasiona en la habitación un vacío relativo que da lugar á la entrada rápida y directa del aire exterior por las rendijas de las puertas y ventanas. A fin de obviar estos inconvenientes, se hace uso con preferencia para este objeto de las chimeneas y los ventiladores, cuya energía para la extracción depende de la temperatura y presión del aire interior con relación al exterior; pero ambas soluciones entran en la categoría de la ventilación natural, de que ya nos hemos ocupado, y son las que han dado hasta ahora mejores resultados en las aplicaciones, lo mismo en los edificios públicos que en los particulares.

La segunda disposición, que consiste en impulsar el aire puro en el interior del edificio por medio de aparatos mecánicos diversos y en hacer salir por la presión el viciado, para lo cual se establecen aberturas especiales, tiene por una parte el inconveniente de no asegurar siempre la salida regular del aire viciado, y por otra la de producir en el interior una presión bastante superior á la del aire ambiente. Por esta causa se emplea rara vez aisladamente la impulsión en las aplicaciones, y puede decirse que

algo durante una media hora poco más ó menos, restableciéndose después la primera corriente hasta las 8 ó 9 de la mañana siguiente. Las horas varían algo, según sean más ó menos largos los días ó tenga lugar un cambio súbito de tiempo.

» Estando casi enteramente rodeado el cañón de una chimenea por el resto de la casa, se encuentra en gran parte al abrigo de la acción directa de los rayos solares durante el día y del aire fresco durante la noche, conservando por lo tanto una temperatura media entre el calor del día y el fresco de la noche, y comunicando esta misma temperatura al aire que contiene. Cuando el aire exterior es más frío que el contenido en el cañón de la chimenea, obliga á éste, en virtud de su menor densidad, á salir, y sale por arriba. Cuando el aire que le reemplaza por abajo se encuentra á su vez calentado por el calor del cañón, se ve igualmente empujado por el aire más frío y más pesado de las capas inferiores, y continúa así la corriente hasta la mañana siguiente, cuando el sol, á medida que se eleva, cambia gradualmente el estado del aire exterior, le hace primero tan cálido como el del cañón de la chimenea (y entonces es cuando la corriente comienza á vacilar) y pronto le hace más caliente. En este caso el cañón está más frío que el aire que entra en él, le refresca, le hace más pesado que el exterior y por lo tanto le hace bajar; pero el que le reemplaza por arriba se enfría á su vez y la corriente descendente continúa hasta la tarde, en que se equilibra de nuevo y cambia de dirección á causa del cambio de temperatura del aire exterior, mientras que el del cañón se conserva próximamente á la misma temperatura media ..

sólo se usa combinada con la disposición anterior.

La ventilación por medio de la aspiración y la impulsión simultáneas permite realizar una presión interna igual á la exterior, puesto que si por una parte se le aumenta por la impulsión del aire puro, por otra se la disminuye á causa de la aspiración; pero esta igualdad, que es fácil de alcanzar en teoría, es muy difícil de conseguir en la práctica á causa de ciertas circunstancias variables, como son la fuerza del viento, la diferencia de temperatura entre el interior y el exterior, los cambios bruscos en la presión barométrica, el número de personas que ocupan el local, el mayor ó menor alumbrado, los focos caloríficos, etc., etc. Por otra parte, esta disposición es por regla general muy costosa, así en su establecimiento como en su conservación y funcionamiento, causa bastante para limitar su empleo á ciertos y determinados edificios de gran importancia, y en los que, hasta ahora, no ha dado todos los resultados apetecidos bajo el punto de vista práctico y de las condiciones higiénicas.

Vemos por lo expuesto, que tanto en el concepto de la regularidad en la acción, como en el de la higiene y de la economía, la ventilación natural presenta ventajas indudables comparada con la artificial; y si á la primera se le dota de medios adecuados, cuales son las chimeneas ó los ventiladores, para aumentar ó disminuir su energía con arreglo á las condiciones variables del aire interior, sus resultados han de ser siempre muy superiores, bajo este triple concepto, al de la ventilación artificial. La experiencia obtenida en numerosas y variadas aplicaciones en diversos edificios justifica esta conclusión.

J. A. REBOLLEDO.

Á MI HIJO GONZALO

I

Hijo mío, dulce encanto,
Delicia de mi existencia,
De tu Madre dicha y gloria,
De castos amores prenda,
¡Cuál tu cándida sonrisa,
Espejo de tu inocencia,
De esa inocencia que sólo
Dios á los Niños reserva;
Cuál tus pasos vacilantes,
Cuál tus palabras, que empiezan
A dar señal evidente
De que retienes y observas;
Y de tus brillantes ojos
La mirada, que revela
Cómo en tí se desarrolla
Y aviva la inteligencia,
Halagan el pecho mío
Y más mi cariño empeñan,
Y el que á tus Abuelos debo
Hacen que entero comprenda!

II

¿Qué más grata melodía
Que aquella que me embelesa
Cuando de tu Madre el nombre
O el mío en tu boca suena,
En esa tu pura boca
Que cual otras tantas perlas
Esmaltan dientes de nácar
Y corales al par cierran?
¿Ni qué gozo es comparable
Al que mi sér enajena,
Y desdeñar de un Monarca
Privanza y favor me hiciera,
Cuando en mis manos cogiendo
Tu blanca frente serena,
Donde nunca el mal osara
Estampar su impura huella,
Imprimo en ella mis labios,
Y tú, en amorosa muestra
De tu afecto y tu dulzura,
Blandas frases balbuceas,
Y reclinando en mi pecho
Tu idolatrada cabeza
Con entrambas manecitas
Mi cuello enlazas y estrechas?
Me encanta el alegre acento
Con que tu júbilo expresas,
Y ver que jamás á nadie
Extrañeza manifiestas,
Y cómo, cuando una cosa
Admiras por vez primera,
Hacer á todos patíctes
De tu admiración intantas.
Me encanta la confianza
Con que al descanso te entregas,
Y la expresión que dormido
Tu bello semblante muestra,

Pues parece que tu mente
Con los Querubines sueña,
Y á tus hermanos los Ángeles
Allá en los cielos contemplas.

Y la verdad me enamora
Que en tus actos se refleja,
Y ver que tus impresiones
Nada oscurece ni vela.

Que lloras cuando te afliges,
Y ríes cuando te alegras,
Rechazas lo que no quieres,
Y pides lo que deséas.

Y que el peligro ignorando
Que amenazarte pudiera,
A no estar tan vigilantes
Los que siempre te rodean,

Y mostrando los hoyuelos
Que tus mejillas ostentan,
A impulsos de blanda risa,
Sólo en tí no picaresca,

En júbilo rebosando
Cien travesuras idéas,
Y nada de tí seguro
A tu alcance ya se encuentra.

III

A veces, cuando contemplo
Cuán gozoso jugueteas,
Y cuál así de mi alma
La dicha toda completas,

Quisiera que eternamente
Tu edad prolongada fuera,
Y jamás de otras mayores
Los peligros conocieras.

Mas otras veces, las ménos,
Ya crecido te quisiera,
Y que, mostrándote digno
De tu nombre y tu ascendencia,

Del gran Gonzalo emulabas
Las inmortales proezas,
Doquier triunfantes alzando
De la Patria las Banderas.

Mas ¡ay! que sea cual fuere
Mi deseo, después de esta
Vendrá otra edad, y vendrán
Desengaños mil con ella!

Entonces, dulce Hijo mío,
Ojalá Dios me conceda
Al lado tuyo encontrarme
Y guiar tu inexperiencia.

Que á veces un acto solo
De juvenil ligereza
Daños sin cuento, y profundos
Pesares tras sí acarrea.

IV

En tanto, así que tu Madre
En tu corazón de cera,
Con la Fé y el Sentimiento
Grabe verdades eternas,

Dado me sea imprimirlas
También en tu inteligencia,
A tu razón demostrando
Lo que ya tu pecho sienta.

Que una Religión tan sólo
Es sagrada y verdadera:
La que á todos los Humanos
Hermanos hizo en la Tierra,

Borrando con su palabra
De la Esclavitud la afrenta,
Y á la Mujer transformando
De Sierva en Esposa tierna.

La que al rico, al poderoso
Santa Caridad ordena,
Y al pobre, al enfermo, al triste
Otro Mundo mejor muestra:

La que en los Claustros salvára
El tesoro de las Letras,
Y del godo á la barbarie
Fue insuperable barrera:

La que á Reyes y á Naciones
Siempre habló con entereza,
Y condenó la Anarquía,
Y también condenó al Déspota:

La que ciñe la Tiara
Al que último fué en su Aldéa,
Si en él la llama fulgura
De Santidad y de Ciencia:

La que, en fin, guiando al Hombre
Por hacerlo bueno empieza,
Y espera así confiada,
Que la Sociedad lo sea.

Y al propio tiempo inculcarte
Que dar la vida y la hacienda
Por el Rey y por la Patria
Siempre de honrados fué empresa,

Como en tu mismo linaje
Altos ejemplos lo prueban
Que algún día en tu memoria
Dejarán profunda huella.

Y que la regla segura
De hacer el bien en la Tierra
Y vivir después por siempre
En las Mansiones etéreas,

Es amar primero á AQUEL
Cuya Omnipotente Diestra
Produjo, con querer sólo,
Desde el insecto á la Esfera,

Y hacer ó nó á tus hermanos
Lo que anheles ó no quieras
Para tí, máxima santa,
Que sólo un Dios concibiera!

V

Él, Hijo, te haga dichoso,
Y ese candor que demuestras,
Y la expresión con que al Cielo
Tus bellos ojos elevas,

Cuando, al preguntar tu Madre
Dónde Dios está, contestas
Con mirada que parece
Que Dios á tí se revela,

De tu honor y tus virtudes
Seguros preságios sean.
¡Bendito mil veces, Hijo!
¡Bendito mil veces seas!

FERNANDO DE GABRIEL Y RUIZ DE APODACA

UNA MUJER FUERTE

Leyenda histórica

IV

EL REGRESO



L cabo de algunos meses, en una hermosa y fresca mañana de otoño, un hombre de mediana edad, cuyo aire, vestidos y color del cutis indicaban al marinero recién desembarcado, pasaba por la cruz de piedra levantada entre Montañillé y la mar, y con acelerados pasos tomaba el estrecho camino que ya conocemos. Habiendo llegado delante de la cabaña de Magdalena, trató inútilmente de abrir la puerta que estaba cerrada, y dió muchos empujones con sus robustos brazos para cerciorarse de que no había allí nadie.

— Por lo que parece, mi mujer ha salido, dijo entre sí.

Y se fué á sentar en el banco donde la extenuada Magdalena había puesto tantas veces á su hijo á tomar los suaves y vivificantes rayos del sol de la primavera.

Puso á un lado su sombrero de hule, tiró el tabaco que estaba mascando, sacó una pipa ennegrecida con el uso, la encendió y, respaldándose contra la pared, se puso á esperar. Estuvo esperando una hora. Dos veces había llenado el hornillo de su pipa durante aquella hora, que le pareció un siglo; pero la segunda vez, así que sacudió las últimas cenizas, se la volvió á guardar en el bolsillo del chaleco, y poniéndose el sombrero sobre sus negros y espesos cabellos, se levantó.

Alzándose sobre las muñecas, llegó á la vidriera incrustada en la pared y pudo así mirar la habitación. Todo parecía estar en orden y bien colocado; pero en el hogar no había ceniza ni lumbre, como si la casa hubiera quedado deshabitada. Llamóle esto la atención y se puso á examinarlo todo á su alrededor; la inquietud bullía en su espíritu. La mala hierba crecía profusamente en el reducido espacio que llamaban jardín; ningún vestigio de sendero se notaba partiendo desde el camino hasta la puerta de la casa, porque las hierbecillas lo cubrían todo, y el musgo penetraba hasta en la casa por debajo de la puerta, porque hacía mucho tiempo que no se había abierto. En el instante que esta advertencia le llegaba al corazón como un funesto presagio, se oyeron por el pedregoso camino los pasos de un caballo al mismo tiempo que una voz de hombre entonaba uno de esos antiguos cánticos que se aprenden en las iglesias.

Sobre el lomo del caballo se alzaban simétricamente dispuestos unos sacos blancos y llenos, lo cual formaba una buena carga para el demacrado jamelgo, cuya cabeza se mantenía alta á causa de la rienda sujeta á la correa de los sacos. Detrás de él venía el mozo del molino con el sombrero puesto de medio lado sobre su empolvada cabellera y el látigo al rededor del cuello.

— ¡Eh, mozo! le gritó el marinero, ¿no estás tú sirviendo al molinero del puerto? Me parece que conozco ese jaco, el Arrogante.

— El mismo, contestó el muchacho deteniéndose; así como usted lo ve, es un animal muy voluntario aunque se acerca á los veinte años.

— Ya los tiene, chico, yo soy quien te lo asegura. Mas dejemos esto ahora. Puesto que vives en la parroquia, sabrás sin duda decirme si no vive ya aquí Magdalena.

— ¿Qué Magdalena? ¿la mujer de Antonio, el marinero que naufragó?

— Justamente.

— Ya lo creo que no vive ya aquí. La pobrecilla está ahora donde todos tenemos que ir á parar. Hace muchos meses que salió de su casa con los pies por delante para tomar el camino del cementerio.

Al oír esta noticia el marinero se quedó de pie, impasible en la apariencia; pero viendo que el muchacho se alejaba para reunirse con su caballo, que seguía con gravedad su camino:

— ¿Y el hijo? le gritó con una voz hueca.

— ¿El hijo? ¿tenía un hijo? No puedo decirle á usted nada sobre eso. Yo he venido á la parroquia después de morir Magdalena: pero si usted quiere saber lo que ha pasado, váyase á Montañillé. La señora del castillo le informará; porque siempre que se habla de la difunta, hablan también de ella y de lo que hizo en sus últimos momentos.

— Está bien, dijo el marinero, y volvió á sentarse en el banco.

El mero cambio de su actitud descubría bien el efecto de todas aquellas noticias. Con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre su ancho pecho, permaneció inmóvil, reflexionando en aquella imprevisible desgracia; y si sus ojos quedaban secos, el corazón se le oprimía cruelmente. Levantóse por segunda vez: su fisonomía triste y contraída se dilató, quitóse el sombrero, sus labios articularon una oración, se santiguó en seguida, y poniéndose el sombrero sobre las cejas, se encaminó despacio hacia el castillo.

En el patio principal no había nadie, y entró en la cocina, donde tampoco halló gente. Una carcajada que de repente oyó cerca de él, le determinó á seguir buscando; subió la escalera y detúvose en la meseta delante de la puerta de la habitación de donde salían las voces.

— ¡Entre usted, Santiago! gritaron.

La invitación no se dirigía á él; pero aprovechándose de ella abrió la puerta.

Delante de él se hallaba sentada María. Estaba risueña, y seguía con la vista á su marido, que se entretenía en llevar arrastrando en un sillón á una encantadora niña, que se pavoneaba con infinita alegría, prorrumpiendo á veces en graciosísimas carcajadas.

María, así que se cerró la puerta, alzó sus hermosos ojos sobre el que entraba.

Estaba algo delgada y su cutis se había puesto un poco transparente.

El mundo la hubiera hallado desmejorada; mas para su marido y su hija siempre estaba bella. Era la joven madre, cuya hermosura se ha transfigurado, por decirlo así, con las fatigas maternales que no ha querido encargar á otros.

Antonio se había quitado el sombrero, y con aire cortado le daba vueltas entre sus dedos.

— Disimúleme usted, señora, dijo con turbación; pero llevo de las costas de Africa, donde mi buque ha naufragado; he visto mi casa vacía, la puerta cerrada, y vengo....

María no le dejó concluir.

— ¿Usted es Antonio el marinero? dijo.

— Sí, señora.

— ¡Ah! No en vano tenía yo el presentimiento de que todas las malas noticias que acerca de usted corrían, eran falsas: lo suponían á usted naufrago y muerto. Mas esto ya lo sabrá usted, añadió vacilando, porque habrá pasado por el pueblo.

— No, señora, he venido desde la ciudad por el camino de la Cruz, que es el más corto.

— Entonces, dijo María mirando con rapidez á su marido, no sabe usted lo que en su ausencia ha pasado. ¿No le han dicho á usted nada? La pobre Magdalena...

— Ha muerto. Ya me lo han dicho, señora.

Dijo esto con sequedad y aspereza, y sin sensación aparente.

— Pero no me han dicho nada del hijo, y vengo á preguntar á usted si se ha ido detrás de su pobre madre.

María no contestó. Levantóse, y dirigiéndose con prontitud hacia Antonio, le cogió su ennegrecida y callosa mano.

— Venga usted, le dijo con laconismo, y lo llevé á la habitación inmediata.

Siguióla él sin atreverse á retirar su mano, que su jetaban los débiles dedos de la joven. Esta, cuyo semblante no podía disimular el contento, lo llevó de rechamante á una cuna, cuyas cortinas descorrió de

pronto. Inclínose en seguida, levantó con esfuerzo a un niño de rostro sonrosado que allí descansaba, y volviéndose hacia el marinero lo alargó como para dárselo.

Antonio, estupefacto y atolondrado, no hizo movimiento alguno.

— ¡Pero tómelo usted! dijo con cierta violencia María: es su hijo, el hijo de Magdalena.

Y dando un paso más, echó las manos del niño al rededor del cuello del padre, que dejó caer su sombrero y cruzó maquinalmente los brazos para sostenerlo.

El niño, que acababa de despertarse, miró un instante aquella cara de bronce y aquellos ojos negros y fijos clavados en él; sus labios se contrajeron e hizo un movimiento como para arrojarse hacia María. Pero ésta aparentó no advertir el miedo que aquel movimiento indicaba, y con el instinto de corazón que la mujer tiene siempre, conoció que a todo trance era preciso alcanzar del niño una primera caricia para su padre.

Así, pues, respondiendo al desconsolado gesto del niño Claudio con una risa muy jovial, se acercó al marinero, haciendo el ademán de pasar varias veces su mano sobre la espesa y rizada cabellera de aquél.

Este ademán serenó al niño, quien bajando de pronto las manecitas sobre la cabeza del padre, las fué escurriendo hasta el final de la cara, pronunciando ciertas palabras ininteligibles y cariñosas.

Antonio inclinó contra su pecho la frente del niño. María lo miraba y él se echó a llorar.

Entonces se retiró María, volviéndose a su habitación.

— ¿Qué hay? le preguntó riéndose León, que estaba mecido a la hija en sus brazos.

— ¡Qué te he de decir! contestó la joven, pasándose el pañuelo por los ojos; que ese hombre, que nos ha hablado de su mujer sin que una lágrima se le asome a los párpados, está ahora llorando como un niño.

Después de algunos minutos volvió Antonio a presentarse. Traía al niño Claudio, que acababa de arrancar el ancla de paño encarnado fija en el cuello de la chaqueta del padre.

Se acercó hasta María, y poniendo al niño en las faldas de ésta, le dijo, enjugando sus húmedos ojos con el revés de la mano:

— Más es de usted que mío, señora; y si Dios lo deja crecer, su vida le pertenecerá a usted. No sé cómo manifestarle mi agradecimiento; pero Dios no puede dejar sin recompensa la caridad de usted: no es posible.

— ¿Cuáles son ahora los proyectos de usted, amigo? le preguntó León; en esta época del año no hallará proporción para embarcarse.

— No me embarcaré más, señor; yo tenía prometido a la infeliz Magdalena que este viaje sería el último. No ha sido afortunado, pero la paga no será menos por eso; los negocios han ido bien, y si nosotros hemos padecido, nuestra utilidad se aumentará por este mismo motivo. Así podré comprar una barca, me haré pescador y espero poder criar al niño.

— ¿Usted no dejará su casita? preguntó con inquietud María.

— No, señora, a menos que el dueño lo quiera; pero esté usted tranquila, que en adelante no me separaré del castillo más que el perro de la casa de su amo. Debajo de esta blusa de marinero hay, señora, todo un corazón de hombre; y no seré ingrato, como espero probárselo a usted. Por ahora con su permiso voy a volverme a la ciudad, porque me precisa hablar al armador y recibir mi dinero.

— Por lo menos déle usted un beso a Claudio antes de marcharse, le dijo María presentándosele. ¿No es verdad que está hermoso y robusto?

Antonio acercó su tostada mejilla a la del niño, y saludando con torpeza, se marchó.

En el patio encontró al criado de la casa, antiguo conocido suyo; y con él pudo desahogar su corazón.

— ¡Ay buen amigo! le dijo; acabo de pasar media hora que en mi vida olvidaré. No sé lo que he sentido, pero todo se me ha revuelto aquí, decía señalándose en el pecho. ¡Qué señora esta, que no se desdén de criar al hijo de un marinero! Mira, Santiago, aunque me pidiese que la sirviera diez años de rodillas, lo haría, y siempre me creería obligado con ella.

V

UNA EXCURSIÓN A LA PLAYA

Antonio se estableció en su casita, según lo había pensado; y así que el niño Claudio pudo andar solo, se lo llevó consigo. Una anciana, parienta suya, vino a arreglar la casa y el niño, que quedaba bajo la superior vigilancia de María.

Transcurridos algunos años, comenzó Claudio, si no a participar de las faenas de su padre, por lo menos a asistir a ellas. Cuando el tiempo estaba bueno, salía con él a pescar; y cuando volvían, se escogía entre todos el mejor pescado o el que más le gustaba a María, y Claudio iba a llevar al castillo esta especie de tributo, que exigía le recibieran sin que se hablase nunca una palabra de dinero.

No era sólo respeto y afecto lo que tanto el padre como el hijo tenían para con la joven; era algo más: era una veneración y una consideración sin límites. Una mirada de María los hubiera hecho ir al fin del mundo; y parecía imposible que las relaciones que mediaban entre el castillo y la cabaña pudieran interrumpirse ni aun debilitarse nunca.

Entre Alicia y Claudio el vínculo había conservado su carácter de intimidad, y cada uno de ellos era tan necesario al otro, que un hermano y una hermana no hubieran podido estar más unidos.

Se habían desarrollado y crecido, pero desigualmente, como podía observarse viéndolos jugar juntos en el verjel del castillo.

Claudio, que en su carrera había adelantado a su hermana de leche, se había detenido para esperarla. Era un muchacho hermoso, de semblante moreno, de cuerpo flexible y nervioso, y al que se le echarían catorce años, aunque apenas tenía once. Alicia, por el contrario, era una niña bonita y endeble, rubia

como su madre, a la cual se parecía en la fisonomía algo pronunciada y graciosa en la tez delicada.

Bajo su hermosa cabellera dorada brillaban dos grandes ojos de excelente negro; y este contraste prometía darle más adelante a la belleza de la joven algo de sorprendente.

— Claudio, dijo Alicia sujetando en sus manecitas la robusta mano del chico, ya endurecida con el trabajo; yo quisiera ir a ver al pajarito que estás criando para mí: ven a pedirle permiso a mamá.

— Yo de buena gana quiero; más tú quizá no podrás llegar hasta allí; ¡hemos corrido hoy tanto!

— Sí; pero tú me llevarás a cuestras.

— Es verdad, y así no te cansarás.

Diciendo esto, Claudio se había encorvado. Alicia se subió sobre sus espaldas; y el chico enderezándose, echó a andar con una facilidad que demostraba la ligereza de su carga.

Así atravesaron el verjel y el jardín, llevando el uno a la otra; y Claudio se acercó a la ventana abierta del comedor. Su cabeza apenas llegaba allí; pero Alicia pudo, desde su elevada posición y alzándose, examinar la habitación.

— No están ahí, dijo; ¡al kiosko!

En la extremidad del parterre había un kiosko rústico, sobre el cual se extendía un espeso tejido de plantas trepadoras que se hallaban entonces en completa florecencia.

A María le agradaba aquella embalsamada atmósfera, y por lo común pasaba en el kiosko las horas en que hacía más calor durante el día. En aquel momento estaba sentada cerca de la abertura que caía al mar, y escuchaba, trabajando a un tiempo en sus labores; la lectura que el marido, sentado frente de ella, hacía en alta voz.

La repentina llegada de los niños interrumpió aquella tranquila escena.

— Mamá, dijo Alicia saltando al suelo y corriendo hacia su madre, ¿quieres que vaya a ver mi pajarito a casa de Claudio?

— ¿Sola?

— Con Claudio.

— No me gustan esos paseos tan largos, bien lo sabes, Alicia.

— Nada más que por esta vez, mamá, dijo Alicia echando sus brazos al rededor del cuello de María y multiplicando los besos sobre su mejilla.

— Anda, zalamera, por hoy te lo permito, dijo María riéndose; pero será la última vez. El pájaro vendrá aquí si se quiere, pero no se le harán ya más visitas. Claudio, añadió fijando sobre el chico su afectuosa mirada, te recomiendo a Alicia; tú cuidarás bien a tu hermanita, ¿no es así?

— Sí, señora, contestó con gravedad Claudio; vamos, ¿vienes, Alicia?

La señora fijaba sobre los rubios cabellos de la niña el ancho sombrero de paja, cuyo lazo se había aflojado y resbalado sobre la espalda.

— ¿Está ya, mamá? preguntó la impaciente niña.

Un beso le contestó, y salió corriendo como una flecha.

— ¿Y yo? dijo León cerrando el libro; ¿así te olvidas de mí?

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España
calle del Príncipe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA

Se admiten anuncios, reclamos y noticias para la casi totalidad de los periódicos de Madrid, y se remiten tarifas de precios a las personas que lo deseen.

OFICINAS:

Calle del Príncipe, 27, principal.

AGUA DE SAN LORENZO

con marca de fábrica garantizada por el Gobierno

Cura infaliblemente las llagas y úlceras de cualquier procedencia, las heridas de todas clases, los dolores reumáticos, las contusiones, las jaquecas más rebeldes, las quemaduras y hemorragias, sujetándose para su uso al prospecto que se une a cada frasco. Son muy repetidas las curaciones hechas con este poderoso descubrimiento, que pueden comprobarse. Agradecerán su recomendación los señores viajeros que la adquieran en sustitución del árnica, para combatir varios de los casos citados y que son frecuentes en las expediciones.

Se vende por mayor en casa de D. MELCHOR GARCIA, TETUAN, 15, Madrid, y por menor en las principales farmacias de la Península y Ultramar, al precio de TRES PESETAS frasco.

DOLOR DE ESTÓMAGO

Acedías, digestiones difíciles, vómitos, eructos, inapetencia, debilidad y todas las afecciones del estómago que no procedan de lesión orgánica grave, se curan siempre con el *antigastrálgico Romeo*; único medicamento infalible recomendado por todos los médicos. Multitud de enfermos que pasaron veinte años de continuos sufrimientos y que agotaron sin provecho todos los recursos de la ciencia, acreditan con su curación la eficacia é infalibilidad de este precioso medicamento.

Se vende en pildoras y en polvos en las principales farmacias. Único depósito:

MELCHOR GARCIA

Tetuan, 15, Madrid.

LA GRAN BRETAÑA
CAMAS INGLESA

VENTA A PLAZOS

desde UNA PESETA semanal.

102, Fuencarral, 102.

LOS DOS FRANCO

Vinos y Licores nacionales y extranjeros

El mejor establecimiento en vinos de mesa a 9 pesetas arroba.—PROBARLOS.

39, Libertad, 39.

PARA EL CULTO DIVINO

Atriles. Ciriales. Diademas. Navetas.
Candeleros. Coronas. Incensarios. Sacras.
Campanillas. Cruces. Lámparas. Vinajeras.
Acaba de recibirse gran surtido de candelabros en forma de ramos con azucenas, margaritas y otras flores, de 3, 4, 5, 6 y 7 luces.

Manuel García, Atocha, 45 y 47, Madrid.

Alicia había cogido ya la mano de Claudio. Al oír aquella reconvención, volvió hacia su padre y se arrojó á su cuello.

— Es que estamos de prisa, dijo; y si Antonio no ha vuelto para darle de comer al pájaro, el pobre animalito se habrá muerto de hambre, y mi hermano Claudio tendría mucha pena si se muriese.

— Y su hermana Alicia también.

— Yo tal vez no lo sentiría mucho, dijo la niña tomando un aire sentimental, porque casi no lo he visto; pero piensa, papá, que es triste para un pájaro morirse de hambre.

— ¡Oh! muy triste, dijo León riéndose; no te detengo más.

Alicia no deseaba otra cosa: desprendiéndose de los brazos de su padre, salió del kiosko y echó á correr precedida de Claudio.

(Se continuará.)

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Puente colgante de New-York.—Esta grandiosa obra, que salva la ría divisoria entre las ciudades de New-York y Brooklyn, se abrió al tránsito público el 24 de Mayo último, ofreciendo tal interés, que en las primeras doce horas la cruzaron unas cien mil personas.

Consta de tres tramos formados con tableros de hierro suspendidos por péndolas de cuatro gruesos cables de 935 centímetros, contruidos cada uno con 5.282 hilos de acero galvanizado sin retorcer; los cables están sujetos á fuertes amarras y apoyados en las dos torres en que terminan las pilas de fábrica.

Tienen los tableros 26^m de ancho para poder establecer sobre ellos cinco vías separadas; las dos extremas para carruajes ordinarios, una central en alto para peatones, y las otras dos intermedias para vehículos, móviles sobre carriles por un cable sinfín, maniobrando desde las estaciones situadas al extremo de los dos prolongados viaductos de fábrica que forman los accesos de este puente, y por intermedio de los que se enlazan suavemente las vías y calles de ambas ciudades con la rasante del tablero central, elevada 41^m sobre la pleamar, para no impedir la navegación de alto bordo.

El tramo central sobre la ría tiene 486^m de longitud, los laterales miden cada uno 283^m, el acceso del lado de New-York tiene 476^m y el de Brooklyn, comprende 296. La longitud total de la obra llega á 1.824 metros.

Las dos pilas y torres tienen 85^m de altura, y son de mampostería y sillería, de sección rectangular de 43×18^m en la base; descansan sobre macizos de hormigón, contruidos dentro de los cajones de hierro empleados en las fundaciones, é introducidos hasta la roca ó la arcilla dura 14 y 24^m respectivamente bajo la línea de pleamar. Los accesos son dos largos viaductos de fábrica con arcadas de buenas proporciones.

El primitivo proyecto, formado en 1867 por el ingeniero John Roebling, tenía un presupuesto de once

millones de duros, siete para el puente propiamente dicho y cuatro para los viaductos. La obra ha durado en construcción trece años, desde 1870, y su coste ha llegado á quince millones de duros.

Revestimiento inoxidable para el hierro.—Un nuevo procedimiento, inventado por Ward, para resguardar el hierro de la acción destructora de la atmósfera, consiste en aplicar sobre dicho metal un silicato, bien por medio de un pincel, ó por inmersión en un baño, y someter luego el objeto de hierro á una elevada temperatura en una estufa ú horno. El hierro queda cubierto con una especie de barniz negro, permanente y compacto, que no desaparece ni por la acción atmosférica, ni por accidentes mecánicos.

Pulimento del latón.—Para pulimentar el latón se toma un bruñidor plano de una anchura proporcionada á la pieza que se ha de pulir, y se repasa con una piel-esmeril núm. 0 ó núm. 1, para redondear los bordes del bruñidor.

Se extiende sobre el bruñidor una capa de grasa, compuesta de cera amarilla y aceite; después se frota vivamente sobre un lienzo hasta que la capa de grasa sea imperceptible. Entonces se pone la pieza que se ha de pulimentar sobre un lienzo, y se frota con el bruñidor con alguna fuerza, pero despacio, y luego más vivamente.

Es indispensable que el bruñidor y la grasa sean buenos, y que la pieza de latón haya sido previamente bien esmerilada, de lo cual depende principalmente el éxito de la operación.

Nuevo sistema de alumbrado.—M. de Khotinsky, de San Petersburgo, ha ideado un sistema de alumbrado, que no es más que una nueva aplicación de la luz de Drumond.

En este sistema se dirige una corriente de gas y otra de oxígeno sobre un pedazo prismático de magnesia preparada de una manera particular. La magnesia se pone candente, teniendo una gran resistencia, á diferencia de los pedazos de cal de la luz de Drumond, que prontamente se grietan.

El gas y el oxígeno llegan por dos conductos separados contenidos en el mismo tubo, y se reúnen al quemarse en el mechero. Al gas del alumbrado ordinario puede reemplazar un carburo de hidrógeno cualquiera.

La luz, así preparada, es muy fija y brillante.

Adherencia de las ruedas de las locomotoras.—Cuando los carriles de las vías férreas tienen cierto grado de determinada clase de humedad, las ruedas de las locomotoras que pasan sobre ellos hacen lo que se llama técnicamente patinar, que es dar vueltas sin avanzar por falta de adherencia. De un modo completamente casual se ha descubierto en las minas de Mazenay, que si se dirige un chorro de vapor contra el carril, cuando tienden á patinar las ruedas, la máquina sube con facilidad las pendientes y la tracción se hace con un 20 por 100 de economía de com-

bustible. Dió lugar al descubrimiento un escape de vapor que tenía un cilindro, y que produjo la fácil ascensión en un caso de gran pendiente.

Hemos tenido una verdadera satisfacción en visitar la Exposición de muebles de la Costanilla de los Angeles, 3.

Sería larguísima tarea enumerar las maravillas de novedad y buen gusto que contiene aquel vastísimo local; pero entre los innumerables y notabilísimos objetos de arte que tuvimos ocasión de examinar, figura una gran colección de muebles alemanes que demuestra la altura á que ha llegado la industria en aquel país, y una sala dedicada á muebles de tapicería y ebanistería contruidos en los talleres de la casa, dignos de figurar en el más suntuoso palacio.

ADVERTENCIA

Con objeto de reformar, en obsequio de los suscritores, *La Riqueza del Hogar*, hemos suspendido su reparto. Pronto volverán á recibir la los suscritores, con las mejoras que hayamos podido obtener del editor de esta revista.

JEROGLIFICO



La solución en el próximo número.

TIPOGRAFÍA GUTENBERG, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.—HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.

Ayuntamiento de Madrid